

ALEXANDER S. PUSHKIN

# DUBROVSKI



PÓLVORAS  
DE ALERTA  
NOVELA

ALEXANDER S. PUSHKIN

DUBROVSKI

PÓLVORAS  
DE ALERTA  

---

NOVELA

ILUSTRACIÓN: Detalle de *Noche de invierno*,  
de Alexéi Savrásov

© ALEXANDER S. PUSHKIN  
© PÓLVORAS DE ALERTA, 2012

<http://edicionespda.blogspot.com>

# ÍNDICE

PRIMERA PARTE .....	5
CAPÍTULO I.....	6
CAPÍTULO II .....	15
CAPÍTULO III.....	22
CAPÍTULO IV .....	28
CAPÍTULO V.....	31
CAPÍTULO VI.....	37
CAPÍTULO VII.....	42
CAPÍTULO VIII .....	44
SEGUNDA PARTE.....	49
CAPÍTULO IX.....	50
CAPÍTULO X.....	58
CAPÍTULO XI .....	62
CAPÍTULO XII.....	68
CAPÍTULO XIII .....	74
CAPÍTULO XIV.....	79
CAPÍTULO XV .....	81
CAPÍTULO XVI.....	84
CAPÍTULO XVII .....	87
CAPÍTULO XVIII.....	93
CAPÍTULO XIX.....	96

## PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO I

Vivía hace algunos años en una de sus haciendas Kirila Petróvich Troekúroy, señor ruso a la vieja usanza. Sus riquezas, su alcurnia y sus relaciones le daban gran influencia en las provincias donde se hallaban sus fincas. Los vecinos se sentían satisfechos en complacer sus menores caprichos; los funcionarios temblaban ante su nombre. Kirila Petróvich aceptaba las pruebas de servilismo como un debido tributo; tenía siempre invitados en su casa dispuestos a entretener su señorial ociosidad y a compartir sus ruidosas y a veces violentas diversiones. Nadie se atrevía a rechazar su invitación, o a no presentarle sus respetos en los días señalados, en la aldea de Pokróvskoe. En su vida privada se dejaban sentir todos los vicios del hombre inculto. Mimado por cuantos le rodeaban, estaba acostumbrado a dar rienda suelta a su voluntad, a los impulsos de su fogosa naturaleza y a todos los propósitos de su bastante limitada inteligencia. A pesar de su extraordinaria capacidad física, dos veces a la semana sufría las consecuencias de su glotonería y todas las tardes se alegraba más de la cuenta.

En una de las salas del edificio vivían dieciséis muchachas entregadas a labores propias de su sexo. Las ventanas estaban protegidas con barrotes de madera; las puertas permanecían cerradas con candado, cuyas llaves guardaba Kirila Petróvich. Las jóvenes salían a determinadas horas al jardín y se paseaban bajo la vigilancia de dos viejas. De cuando en cuando, Kirila Petróvich casaba a alguna y otra nueva venía a ocupar su lugar.

Su trato con campesinos y criados era severo y arbitrario;

no obstante, le eran fieles porque su vanidad se sentía halagada por las riquezas y fama del señor y, a su vez, confiando en la decidida protección del amo, se permitían toda clase de desafueros contra sus vecinos.

Las ocupaciones a que Troekúrov estaba siempre entregado se reducían a constantes recorridos por sus amplias posesiones, interminables banquetes y bromas que no cesaba de inventar, de las que de ordinario solía ser víctima un nuevo conocido, aunque ni siquiera los viejos amigos se libraban de ellas, a excepción de Andréi Gavrilovich Dubrovski. Teniente retirado de la Guardia, era éste su más próximo vecino y poseía setenta almas. Troekúrov, altivo en sus relaciones con la gente más encopetada, respetaba a Dubrovski a pesar de su reducida fortuna. En otros tiempos habían sido compañeros de servicio y conocía por experiencia su carácter intolerante y decidido. El glorioso año de 1762 los separó un largo tiempo. Troekúrov, pariente de la princesa Dashkova, ascendió. Dubrovski, medio arruinado, se vio obligado a pedir el retiro e instalarse en la aldea que había salvado. Conocedor de esta circunstancia, Kirila Petróvich le ofreció su protección, pero Dubrovski le dio las gracias y permaneció pobre e independiente. Unos años después, Troekúrov, como general en jefe retirado, pasó a vivir a su finca; volvieron a verse con mutua alegría. A partir de entonces se reunían a diario y Kirila Petróvich, que jamás había concedido a nadie el honor de su visita, acudía sin cumplidos a la casita de su antiguo compañero. Eran de la misma edad, pertenecían a un mismo estamento y habían recibido igual educación, por lo que, en parte, coincidían en sus caracteres y aficiones. En cierto sentido, su suerte había sido la misma: se habían casado por amor, habían enviudado pronto y les había quedado un solo descendiente: el hijo de Dubrovski se educaba en Petersburgo y la hija de Kirila Petróvich crecía a la vista del padre. Éste decía con frecuencia a Dubrovski: «Escucha, Andrei Gavrilovich: si tu Volodka se abre camino, le daré a Ma-

sha; aunque no tenga donde caerse muerto.» Andréi Gavrilovich meneaba la cabeza y solía replicar: «No, Kirila Petróvich, mi Volodka no es buen partido para María Kirílovna. A un noble pobre, como él, le conviene más casarse con una noble pobre y ser jefe de la familia que convertirse en administrador de una señorita mimada.»

Todos envidiaban la armonía reinante entre el orgulloso Troekúrov y su vecino pobre, asombrándose del atrevimiento de este último, cuando a la mesa del comedor de Kirila Petróvich exponía abiertamente su criterio sin preocuparse de que fuera o no contrario al del anfitrión. Algunos trataron de imitarlo y salieron de los límites de la debida obediencia, pero Kirila Petróvich les paró los pies de tal forma, que se les quitaron para siempre las ganas de repetirlo. Dubrovski quedó, pues, fuera de la ley general. Mas cierta circunstancia inesperada hizo que todo cambiara.

A principios de otoño, Kirila Petróvich se disponía a salir hacia unos alejados campos. La víspera, perreros y palafreneros habían recibido la orden de prepararse a las cinco de la mañana. La tienda y la cocina fueron enviadas por delante, al lugar donde Kirila Petróvich debía hacer la comida. Anfitrión e invitados se dirigieron a las perreras, donde más de quinientos lebreles y galgos vivían a sus anchas y sin pasar frío, ensalzando la generosidad de Kirila Petróvich en su canino lenguaje. También había allí un hospital y un hospicio para perros, puestos al cuidado del veterinario Timoshka, y una sección donde las nobles hembras parían y alimentaban a sus cachorros. Kirila Petróvich se mostraba orgulloso de su excelente institución y nunca dejaba escapar la oportunidad de presumir de ella ante sus invitados, cada uno de los cuales la había visto, por lo menos, veinte veces. Iba y venía por la perrera, rodeado de sus huéspedes, en compañía de Timoshka y de los perreros principales; se detenía a veces, ya preguntando por la salud de los animales enfermos, ya haciendo observaciones más o menos severas y acertadas, ya



llamando a sus perros preferidos y hablándoles cariñosamente. Los invitados se consideraban obligados a admirarse de la perrera de Kirila Petróvich. Sólo Dubrovski callaba, con el ceño fruncido. Era un cazador apasionado. Su fortuna no le permitía sostener más de dos lebreles y una jauría de galgos; no pudo evitar cierta envidia a la vista de aquella espléndida instalación.

—¿Por qué tuerces el gesto, hermano? —le preguntó Kirila Petróvich—. ¿Acaso no te agrada mi perrera?

—No es eso —contestó él secamente—. La perrera es excelente, y no creo que tus criados vivan como tus perros.

Uno de los perreros se ofendió.

—Nosotros no nos quejamos de nuestra vida —dijo—; gracias a Dios y a nuestro amo. Pero lo que es cierto, es cierto. A algún noble hambriento no le desagradaría cambiar su finca por cualquier perrera de éstas. Tendría más lleno su estómago y no sentiría frío.

Kirila Petróvich soltó una risotada ante la insolente observación de su siervo, y los invitados le imitaron, aun cuando la broma del perrero podía referirse también a ellos. Dubrovski palideció y no pronunció ni una sola palabra.

En aquel momento trajeron a Kirila Petróvich, en un cesto, unos cachorros recién nacidos; los observó detenidamente, separó dos y ordenó que los otros fueran arrojados al río. Mientras tanto, Andréi Gavrílovich desapareció sin que nadie lo advirtiese.

De vuelta de la perrera con sus invitados, Kirila Petróvich se sentó a la mesa para cenar, y advirtiéndole entonces la ausencia de Dubrovski, preguntó por él. Los criados le respondieron que Andréi Gavrílovich se había ido a su casa. Troekúrov mandó inmediatamente que fueran en su busca para hacerle volver. Nunca había salido de caza sin Dubrovski, a quien tenía como un experto y fino apreciador de las virtudes de los perros, capaz de decidir sin error todo género de discusiones cinegéticas. El criado mandado a caballo en

su busca regresó cuando todavía estaban sentados a la mesa. Informó a su señor de que Andréi Gavrílovich no quiso atenderle y que se negaba a regresar. Kirila Petróvich, encendido como de ordinario por los licores, se encolerizó y envió de nuevo al mismo criado para advertir a Andréi Gavrílovich que si esta vez no acudía de inmediato a pernoctar en Pokróvskoe, rompería con él para siempre. El criado salió una vez más al galope. Kirila Petróvich se levantó de la mesa, despidió a sus invitados y se retiró a dormir.

Al siguiente día su primer cuidado fue preguntar si Andréi Gavrílovich estaba presente. Le entregaron entonces una carta doblada en triángulo. Kirila Petróvich mandó a su escribiente que la leyera en alta voz oyendo lo que sigue:

Muy señor mío:

No pienso volver a Pokróvskoe hasta que usted me envíe al perrero Paramoshka para pedirme perdón. Dependerá de mi voluntad el castigarlo o perdonarlo. No estoy dispuesto a tolerar las bromas de sus siervos, ni tampoco las de usted, porque no soy un bufón, sino un noble de rancio linaje.

Su seguro servidor,

Andréi Dubrovski

Conforme a las reglas de etiqueta entonces imperantes, esta carta era del todo inconveniente; irritó a Kirila Petróvich más por su esencia que por su estilo.

—¿Cómo? —atronó, saltando de la cama con los pies descalzos—. ¿Que envíe a mi gente a pedirle perdón y que él pueda castigarlos? ¿Qué se ha figurado? ¡No sabe con quién se enfrenta! Ya verá... ¡Le haré llorar, sabrá lo que significa ir contra Troekúrov!

Kirila Petróvich se vistió y fue de caza con el acostumbrado esplendor. Pero la jornada resultó mala. En todo el día tan solo vieron una liebre, que se les escapó por añadidura.

Tampoco resultó bien la comida en el campo, o al menos no fue del agrado de Kirila Petróvich, quien dio una paliza al cocinero, cubrió de insultos a los invitados y a la vuelta, premeditadamente, hizo pasar a todos por los campos de Dubrovski.

Transcurrieron algunos días sin que cediese la hostilidad entre los dos vecinos. Andréi Gavrílovich no volvió a Pokróvskoe; Kirila Petróvich se aburría sin él y exteriorizaba su disgusto con las más ofensivas expresiones, que, gracias al celo de los nobles de la comarca, llegaban corregidas y aumentadas a conocimiento de Dubrovski. Una nueva circunstancia vino a imposibilitar toda esperanza de reconciliación.

Un día en que Dubrovski recorría su pequeña hacienda, oyó golpes de hacha en las proximidades del bosquecillo de abedules, y algo después el ruido inconfundible de la caída de un árbol. Acudió presuroso pudiendo ver a unos *mujiks* de Pokróvskoe robando tranquilamente su leña. Al advertir su presencia, huyeron. Dubrovski y su cochero dieron alcance a dos y los llevaron a la casa maniatados. Tres de los caballos quedaron también como botín del vencedor. Dubrovski experimentó gran disgusto; hasta entonces, la gente de Troekúrov, aunque reconocidos como ladrones, no habían osado hacer de las suyas dentro de sus posesiones, pues conocían la amistad que le unía de antiguo con su señor. Dubrovski comprendió que se aprovechaban de la ruptura, por lo cual y, en contra de todos los derechos de guerra, decidió dar una lección a sus prisioneros con varas de las que se proveyó en su propia arboleda; los caballos fueron puestos a trabajar e incorporados a los animales de la finca.

La noticia del hecho llegó en el mismo día a oídos de Kirila Petróvich. Fuera de sí, en el primer momento de cólera pensó en reunir a todos sus criados, atacar a Kisteniovka (que así se llamaba la aldea de su vecino), arrasarla y bajar los humos del propietario en su propia hacienda. No era la primera vez que hacía cosas de este género; pero pronto cambió de

opinión.

Mientras caminaba midiendo con pesados pasos la estancia, quiso el azar que al mirar por la ventana viese una troika que se detenía en el portón, y a un hombrecillo de gorra de cuero y capote de paño basto saliendo del vehículo y que se dirigía hacia el ala del edificio donde se encontraba el administrador. Troekúrov reconoció al asesor Shabashkin y ordenó que lo condujeran ante él. Un minuto después, Shabashkin se encontraba en la sala, haciendo saludo tras saludo y esperando respetuosamente sus órdenes.

—Celebro verte, aunque no recuerdo cómo te llamas —le dijo Troekúrov—. ¿Qué te trae por aquí?

—Iba a la ciudad, excelencia —contestó Shabashkin—, y me acercaba a Iván Demiánov para preguntarle si había alguna orden de su excelencia.

—Vienes oportunamente. Te necesito. Bébetete una copa y escucha.

Acogida tan afectuosa asombró agradablemente al asesor. Rechazando el vodka se dispuso a escuchar atentamente a Kirila Petróvich.

—Tengo un vecino —dijo Troekúrov—, un pequeño propietario insolente al que deseo arrebatarse su finca. ¿Qué piensas tú de esto?

—Si hay documentos, excelencia, o...

—Nada de eso, amigo, no hay ningún documento. Para eso están los dictámenes. La fuerza consiste en esto, en apoderarse de una finca aunque no se tenga derecho alguno. Sin embargo... espera. Esa finca nos perteneció en otros tiempos, la compramos a un tal Spitsin y la vendimos luego al padre de Dubrovski. ¿Se podría encontrar ahí un pretexto?

—No lo creo, excelencia; probablemente, la venta fue hecha conforme a la ley.

—Piénsalo, amigo, busca bien.

—Si, por ejemplo, su excelencia pudiera de algún modo conseguir la escritura en virtud de la cual su vecino posee la

finca, quizá fuera posible...

—Comprendo. Lo malo es que todos sus papeles desaparecieron con ocasión de un incendio.

—¿Desaparecieron sus papeles, excelencia? ¿Qué más quiere? En tal caso procede conforme a la ley, y no me cabe la menor duda que se verá plenamente satisfecho.

—¿Tú lo crees? Asegúrate. Confío en tu celo, y puedes estar seguro de mi agradecimiento.

Shabashkin se inclinó hasta casi tocar el suelo, salió de la estancia y comenzó de inmediato a trabajar en el asunto. Tal fue su habilidad, que a las dos semanas justas Dubrovski recibió de la ciudad un requerimiento a fin de que presentase inmediatamente y en la debida forma todos los documentos referentes a su título de propietario de la aldea de Kisteniovka.

Andrei Gavrílovich, asombrado ante tan insólita demanda, escribió en el mismo día una destemplada respuesta en la que manifestaba que Kisteniovka la había heredado a la muerte de su difunto padre, que era suya por derecho de herencia, que Troekúrov nada tenía que ver con ello y que cualquier pretensión contra sus propiedades era una calumnia y un fraude.

Esta carta produjo una muy agradable impresión en el alma del asesor Shabashkin. Comprendió primeramente que Dubrovski tenía una noción muy vaga de estos asuntos, y en segundo lugar que a un hombre tan acalorado y poco previsor podía colocársele sin grandes dificultades en situación desventajosa.

Después de examinar fríamente las preguntas del asesor, Andréi Gavrílovich comprendió la necesidad de contestar detalladamente. Escribió un documento bastante bien redactado, que no obstante, resultó ineficaz.

El asunto comenzó a alargarse. Andréi Gavrílovich, convencido de la razón que le asistía, no tenía ni deseos ni posibilidades de ir repartiendo dinero a diestra y siniestra, y si

bien siempre había sido el primero en burlarse de la venalidad de los chupatintas, jamás pensó en acabar víctima de un pleito. Por su parte, Troekúrov no se preocupaba gran cosa del asunto: Shabashkin actuaba por él, obrando en su nombre, amenazando y sobornando a los jueces e interpretando torcidamente toda clase de leyes. El resultado de estos manejos fue una citación que recibió Dubrovski el 9 de febrero de 18..., por mediación de la policía de la ciudad, para que se presentara a juicio al objeto de oír la sentencia sobre la demanda presentada contra él, teniente Dubrovski, por el general Troekúrov, y para que firmase su conformidad o disconformidad. Aquel mismo día se dirigió a la ciudad; por el camino le adelantó Troekúrov. Ambos se miraron con altivez y Dubrovski advirtió en el rostro de su adversario una sonrisa de rencor.

## CAPÍTULO II

Llegado que hubo a la ciudad, Andréi Gavrílovich acudió a la casa de un comerciante conocido suyo, donde pasó la noche, presentándose en el juzgado a la mañana siguiente. Nadie le prestó la menor atención. Tras él vino Kirila Petróvich y los escribientes se pusieron en pie, con las plumas tras la oreja, mientras los jueces lo acogían con muestras del más profundo servilismo, acercándole un sillón como correspondía a su alto rango, a su obesidad y a sus años; se sentó junto a la puerta, que permanecía abierta, mientras que Andréi Gavrílovich permanecía de pie, apoyado en la pared. Se hizo un profundo silencio y el secretario, con voz sonora, comenzó a leer la decisión del tribunal.

La reproducimos íntegra, suponiendo que a todos les agrada ver uno de los medios por los que en Rusia es posible vernos despojados de una hacienda a cuya posesión tenemos indiscutible derecho:

Con fecha 10 de febrero de 18..., en el juzgado de K. se ha examinado la causa de posesión indebida por el teniente de la Guardia Andréi Gavrílov, hijo de Dubrovski, de la finca perteneciente al general en jefe Kirila Petrov, hijo de Troekúrov, consistente en la aldea de Kisteniovka, provincia de..., con tantos varones y tantas *desiatinas*\* de praderas y tierras de labor. Del expediente instruido resulta: Que el citado general en jefe Troekúrov presentó el 9 de junio del pasado año de 18..., en este tribunal, una demanda manifestando que su

---

\* *Desiatina*: Medida de superficie equivalente a 1,092 Ha.

difunto padre, asesor colegiado y caballero Piotr Efímov, hijo de Troekúrov, a la sazón secretario del gobierno civil de la provincia, compró al oficinista de ascendencia noble Fadéi Egórov, hijo de Spitsin, la mencionada finca de la aldea de Kisteniovka, que entonces se componía, según datos de la cuarta revisión, de tantos varones con su correspondiente hacienda, la casa señorial, tierras laborables y baldíos, bosques, praderas, la pesca en el río Kisteniovka y todo lo restante, sin excepción alguna, que había heredado a la muerte de su padre, el oficial de cosacos Egor Teréntiev, hijo de Spitsin, por el precio de 2.500 rublos, siendo firmada la escritura aquel mismo día en las oficinas de propiedad territorial y entrando en posesión de la misma el 26 de agosto. Por último, el 6 de septiembre de 17..., por la voluntad de Dios, murió el padre, y el demandante, general en jefe Troekúrov, que casi desde la infancia se encontraba en el servicio militar y la mayor parte del tiempo permanecía en campañas en el extranjero, no pudo tener noticia ni de la muerte de su padre ni de que éste había adquirido la mencionada finca. Actualmente, retirado ya del servicio y residente en las posesiones de su padre de los distritos de K., P. y R., de las provincias de... y..., con diferentes aldeas que en su conjunto reúnen tres mil almas, encuentra que dichas propiedades, con el total de almas antes expresado (de las que según la presente revisión corresponden tantos a la aldea antes mencionada), con sus tierras y bosques, las posee sin derecho alguno el teniente de la Guardia Andréi Dubrovski, por lo cual, habiendo presentado el contrato original de la compra que entregó a su padre el vendedor, Spitsin, ruega que se desposea a Dubrovski de su ilegítima posesión y se le entregue a él, Troekúrov, en propiedad plena, poniéndola a su disposición, debiendo Dubrovski devolverle las rentas ilegítimamente apropiadas, de conformidad con lo que manda la ley.

Según las investigaciones practicadas por el juzgado municipal conforme a dicha instancia, resulta: que el menciona-



do poseedor de la propiedad en litigio, teniente de la Guardia Dubrovski, explicó al asesor que su finca de la aldea de Kisteniovka, con tantas almas, tierras, bosques y prados, la adquirió por derecho de herencia a la muerte de su padre, el subteniente de artillería Gavril Evgráfov, hijo de Dubrovski, quien a su vez la había comprado al padre del demandante, ex-secretario del gobierno civil de la provincia y luego asesor colegiado Troekúrov, según poderes otorgados el 30 de agosto de 17... y registrados en el juzgado del distrito, al consejero titular Grígori Vasíliev, hijo de Sóboliev, por cuyos poderes obraba en representación del padre, y en ellos se decía que Troekúrov vendía toda la hacienda que había adquirido al oficinista Spitsin, con tantas almas y tierras, a su padre, Dubrovski, por la que dicho padre había satisfecho la cantidad de 3.200 rublos, todo ello íntegro y sin restitución, y pedía a Sóboliev que entregase a su padre la indicada carta de propiedad. Mientras tanto, en los poderes antes aludidos, al ser satisfecha toda la suma, se indicaba que el comprador dispondría en adelante, hasta la ultimación del contrato, de la simple escritura de propiedad, como auténtico dueño, y que el vendedor, Troekúrov, no intervendría en los asuntos de esta última en lo sucesivo.

Pero Andréi Dubrovski no sabe cuándo y en qué oficinas se realizó la operación con Sóboliev, pues en aquel tiempo era menor de edad y después de la muerte de su padre no pudo encontrar la citada escritura; supone que desapareció con otros documentos con ocasión del incendio que se produjo en la casa en 17..., hecho del que todos los habitantes de la aldea tienen noticia. Pero dicha finca, desde el día de la venta por Troekúrov o de la entrega de los poderes a Sóboliev, es decir, desde el año 17... y desde la muerte de su padre, desde 17... hasta el día de hoy, ellos, los Dubrovski, la han poseído indudablemente, hecho que se confirma por los vecinos de la comarca, quienes en número de cincuenta y dos, al ser interrogados bajo juramento han manifestado que, en efecto, a lo

que pueden recordar, la mencionada finca en litigio comenzaron a poseerla los citados señores Dubrovski hace bastantes años y sin que nadie se la disputara, aunque no tienen noticia de ninguna escritura o carta de propiedad. En cuanto al anterior comprador de dicha finca, el ex-secretario provincial Piotr Troekúrov, no recuerdan si fue propietario de la misma. Por lo que se refiere a la casa de los señores Dubrovski, se incendió una noche hace treinta años. La gente llamada a declarar supone que a partir de entonces viene produciendo una renta anual mínima de 2.000 rublos.

Por su parte, el general en jefe Kirila Petrov, hijo de Troekúrov, el 3 de enero del año en curso presentó ante este tribunal una demanda alegando que aunque el mencionado teniente de la Guardia Andréi Dubrovski había exhibido los poderes concedidos por su difunto padre al consejero titular Sóboliev, para la venta de la finca, no había presentado el contrato de compra ni ninguna otra prueba convincente conforme al capítulo 19 del reglamento general y al decreto del 29 de noviembre de 1752. Por consiguiente, al haber muerto el otorgante, su padre, los propios poderes, conforme al decreto del día... de mayo de 1818, pierden todo su valor. Se ordena, además, entregar las fincas en litigio a su propietario, devolver los siervos a sus aldeas y ser buscados los no siervos por vía judicial. Ha presentado la escritura de propiedad, con arreglo a la cual la finca pertenecía a su padre, y conforme a ella, con arreglo a lo dispuesto en las citadas disposiciones legales, debe serle entregada la citada finca, que Dubrovski posee ilegítimamente, en concepto de herencia. Y como los citados propietarios disfrutaron de una finca que no les pertenecía y sin derecho alguno percibieron sus rentas, dichas rentas deberá devolverlas Dubrovski a Troekúrov. Habiendo examinado el asunto y de conformidad con lo que la ley manda, el juzgado territorial falla:

Del expediente se desprende que el general en jefe Kirila Petrov, hijo de Troekúrov, tiene indudable derecho a la fin-

ca actualmente en posesión del teniente de la Guardia Andréi Gavrílov, hijo de Dubrovski, consistente en la aldea de Kisteniovka, con tantos siervos varones según la actual revisión, con sus tierras y sus bosques, habiendo presentado el original de la escritura de compra de su difunto padre al secretario provincial, más tarde asesor colegiado, Fadéi Spitsin, fechada en 17..., y además dicho comprador, según nota añadida al contrato de compra, fue puesto aquel mismo año en posesión de la finca por el juzgado territorial, finca cuya propiedad ahora se le niega, y aunque el teniente de la Guardia Andréi Dubrovski ha presentado los poderes que el difunto comprador Troekúrov entregó al consejero titular Sóboliev para realizar la operación a nombre de su padre, de Dubrovski, esto no sólo confirma los derechos a los bienes inmuebles, sino que incluso se prohíbe por la ley su posesión temporal, tanto más que los propios poderes desaparecen por completo con la muerte de quien los otorgó. Pero no habiendo podido Dubrovski presentar pruebas evidentes de que los derechos fueran otorgados realmente, dónde y cuándo se otorgaron, desde que se inició el expediente, es decir, desde 18..., hasta la fecha. Por todo lo cual, este tribunal supone que la mencionada finca, con tantas almas, las tierras de labor y los bosques, tal y como ahora se encuentra, debe pasar a propiedad del general en jefe Troekúrov, conforme al contrato de compra; el teniente de la Guardia Dubrovski deberá abandonarla, pasando a su debido propietario, el señor Troekúrov, como legítimo heredero. Y aunque el general en jefe Troekúrov solicita también que le sean devueltas las rentas de que el teniente de la Guardia Dubrovski se apropió indebidamente por el ilegítimo disfrute de una propiedad que le correspondía a él por derecho de herencia, considerando que dicha finca, según testimonio de viejos vecinos de la comarca, estuvo en posesión de los Srs. Dubrovski durante muchos años sin que el Sr. Troekúrov reclamase la devolución alegando sus derechos sobre la citada finca, conforme a las le-

yes vigentes, según las cuales si alguien siembra una tierra que no le pertenece, o acota una hacienda, el perjudicado debe denunciarlo, procediéndose a instruir la causa correspondiente, devolviéndosele en el caso oportuno la tierra sembrada y los edificios construidos, se desestima el recurso del general en jefe Troekúrov contra el teniente de la Guardia Dubrovski en cuanto a la devolución de las rentas, reintegrándole en la plena propiedad de la finca. Si al entrar en propiedad de dicha finca el general en jefe Troekúrov encuentra algún desperfecto y desea hacer alguna reclamación, de lo que tenga pruebas claras y legítimas, podrá recurrir ante quien corresponda.

El presente fallo será puesto en conocimiento del demandante y del demandado. Al objeto de presentar el oportuno recurso caso de que lo hubiere, uno y otro serán citados por la policía ante este tribunal para escuchar el presente fallo, debiendo firmar su conformidad o disconformidad con el mismo.

Dicho fallo ha sido firmado por todos los asistentes al juicio.

El secretario calló, el asesor se puso en pie y, tras una profunda inclinación, invitó a Troekúrov a suscribir el documento que le ofrecía. Troekúrov, triunfante, tomó la pluma y firmó al pie del *fallo* del tribunal su completo acuerdo con el mismo.

Llegó el turno a Dubrovski. El secretario le presentó el documento, pero él siguió inmóvil, con la cabeza gacha.

Nuevamente se le invitó a firmar su completa conformidad o disconformidad, si creía en conciencia que su causa era justa y tenía el propósito de apelar ante quien procedía en el plazo marcado por la ley. Dubrovski callaba... De pronto levantó la cabeza... y con ojos centelleantes dio una patada en el suelo, empujó al secretario con tal violencia que le hizo caer. Apoderándose después del tintero lo arrojó contra el ase-

sor. Todos quedaron aterrados.

—¡Cómo es eso! —exclamó—. ¿No respetáis la iglesia de Dios? ¡Fuera, hatajo de villanos!

Luego se volvió hacia Kirila Petróvich:

—Jamás se vio cosa semejante, excelencia —añadió—. Los perreros traen sus perros a la casa de Dios y los perros corren por su iglesia. Ya os enseñaré...

Los alguaciles acudieron al ruido, lo redujeron a viva fuerza y, sacándolo a la calle, lo colocaron en un trineo. Troekúrov salió a continuación, escoltado por el tribunal en pleno. La repentina locura de Dubrovski le había afectado hondamente, envenenando su sensación de triunfo. Los jueces, que esperaban muestras de su reconocimiento, no le oyeron ni una sola palabra amable. Aquel mismo día volvió a Pokróvskoe. Entre tanto, Dubrovski permanecía en el lecho; el médico del distrito, que por fortuna no era un ignorante completo, le hizo una sangría aplicándole a continuación sanguijuelas y cantáridas: por la tarde estaba mejor y recobró el conocimiento. Al día siguiente lo llevaron a Kisteniovka, aunque ya casi no le pertenecía.

### CAPÍTULO III

Pasó cierto tiempo y el pobre Dubrovski no mejoraba. Si bien no se repitieron los accesos de locura, se debilitaba sensiblemente. Olvidó sus antiguas actividades, apenas salía de su habitación y permanecía vegetando días enteros. Egórovna, la buena anciana que en otros tiempos había cuidado de su hijo, era ahora su niñera. Le trataba como si fuese una criatura, le recordaba las horas de comer y de dormir, lo alimentaba y lo llevaba a la cama. Andréi Gavrílovich obedecía en silencio y no tenía más trato que con ella. No estaba en condiciones de pensar en sus asuntos ni de tomar decisión alguna con relación a la finca, y Egórovna comprendió la necesidad de informar de todo esto al joven Dubrovski, oficial de un regimiento de infantería de la Guardia que a la sazón se encontraba en Petersburgo. Así pues, arrancó una hoja del libro de gastos y dictó al cocinero Jaritón, el único que en Kisteniovka sabía leer y escribir, una carta que aquel mismo día fue enviada a la ciudad para ser depositada en Correos.

Pero es ya hora de que el lector conozca al verdadero héroe de nuestra narración.

Vladímir Dubrovski se había educado en el Cuerpo de Cadetes, de donde salió como alférez de la Guardia. El padre no escatimaba nada tratándose de él, por lo que el joven recibía de casa más de lo que podía esperar. Era derrochador y ambicioso y se permitía lujosos caprichos; jugaba a las cartas contrayendo deudas sin preocuparse del porvenir, soñando, como la mayoría de jóvenes pobres, que tarde o temprano encontraría una novia rica.

Una tarde, estando en su casa con varios oficiales, tumba-

dos en los divanes y fumando sus pipas de embocadura de ámbar, Grisha, su asistente, le entregó una carta, cuya dirección y selló sorprendieron al joven. Abriéndola presuroso leyó:

*Señor nuestro, Vladímir Andréievich:*

*Soy tu vieja niñera, he decidido informarte de la salud de tu padre. Se encuentra muy mal, a veces desbarra, todo el día lo pasa como un niño tonto, en cualquier momento se lo puede llevar Dios. Ven aquí, mandaremos caballos a Pésochnoe para que te traigan. Según se dice, el juzgado nos va a entregar a Kirila Petróvich Troekúrov, pero nosotros siempre fuimos vuestros y desde que nacimos nadie oyó nada parecido. Tú, que vives en Petersburgo, podrías informar al padrecito zar, él no consentiría ese desafuero. Tu fiel esclava y niñera.*

*Arina Egórovna Buziriova*

*Mando mi bendición maternal a Grisha. ¿Te sirve bien? Aquí no cesa de llover desde la semana pasada, y el pastor Rodia murió alrededor de San Nicolás.*

Vladímir Dubrovski leyó repetidamente aquellos renglones confusos, con emoción extraordinaria. Había perdido a la madre muy pronto y, sin apenas conocer al padre, lo llevaron a Petrogrado cuando tan sólo tenía ocho años. No obstante, sentía hacia él un cariño instintivo, y tanto más amaba la vida familiar cuanto menos había podido gozar de ella.

La idea de que podía perder a su padre le desgarró el corazón; le aterró la situación del pobre enfermo, que intuía por la carta de la niñera. Imaginó a su padre abandonado en una aldea perdida, en manos de una vieja estúpida y de la servidumbre, amenazado por una calamidad de la que él no tenía noción, extinguiéndose sin ayuda alguna entre sufrimientos

corporales y espirituales. Vladímir se reprochó el criminal descuido. Hacía tiempo que no recibía noticias y ni siquiera se le había ocurrido preguntar qué ocurría, suponiendo que el pobre se encontraba de viaje o absorbido por los problemas de la hacienda.

Decidió ir a verlo y hasta pensó en pedir el retiro si la enfermedad del padre requería su presencia. Sus compañeros, al verle preocupado, se retiraron. Tan pronto como se quedó solo, Vladímir escribió una instancia, solicitando un permiso. Luego encendió la pipa y quedó sumido en hondas meditaciones. Comenzó inmediatamente a gestionar el permiso y dos días después, en silla de posta y en compañía de su fiel Grisha, se puso en camino.

\* \* \*

El corazón de Vladímir Andréievich estaba colmado de tristes presentimientos mientras se acercaba a la casa de postas en que debía desviarse hacia Kisteniovka. Temía no encontrar a su padre con vida, e imaginaba la sombría vida que le aguardaba en la aldea: un lugar apartado y desierto, con la única compañía de la pobreza y la preocupación por unos asuntos que ignoraba. Al llegar a la casa de postas se acercó a pedir un tiro de refresco. El jefe preguntó adónde se dirigía y una vez informado, le anunció que hacía cuatro días le esperaban caballos mandados de Kisteniovka. Poco después se presentaba ante Vladímir Andréievich el viejo cocherro Antón, que en tiempos lo llevaba por la caballeriza y cuidaba de su pequeña montura. Al verle, Antón vertió unas lágrimas, y con una profunda reverencia le anunció que el viejo señor seguía con vida, corriendo a continuación a enganchar los caballos. Vladímir Andréievich renunció al almuerzo que le ofrecían y se apresuró a emprender la marcha. Antón lo llevó por caminos vecinales estableciéndose entre ellos el siguiente diálogo:



—Dime, Antón, ¿qué pleito tiene mi padre con Troekúrov?

—No sé explicarlo muy bien, Vladímir Andréievich. Al parecer, el señor se enemistó con Kirila Petróvich y éste le demandó, aunque a veces él mismo administra la justicia. Nosotros somos siervos y no podemos meternos en los asuntos de los señores. Pero la verdad es que su padre hizo mal en ir contra Kirila Petróvich; el látigo no puede romper el hacha.

—Por lo que entiendo, ese Kirila Petróvich está acostumbrado a hacer su santa voluntad.

—Puede afirmarlo, señor. El asesor no es nadie para él y el jefe de la policía del distrito le sirve de recadero. Todos los señores acuden a rendirle tributo, porque es sabido que donde hay comedero no faltan los cerdos.

—¿Es cierto que nos va a quitar la finca?

—Así lo hemos oído, señor. Hace unos días, el campanero de Pokróvskoe nos dijo, durante el bautizo que se celebraba en casa del *stárosta*\*: Ya habéis hecho bastante el vago; Kirila Petróvich os meterá en cintura. Nikita, el herrero, le contestó: No nos aflijas, Savélich, no confundas a los invitados. Kirila Petróvich es una cosa y Andréi Gavrílovich otra. Todos nosotros somos de Dios y del soberano. No se deben coser los botones en prenda ajena.

—¿No deseáis, pues, pasar a ser propiedad de Troekúrov?

—¿Propiedad de Kirila Petróvich? ¡El Señor nos libre! Si maltrata a los suyos, a los ajenos es seguro que les arrancaría el pellejo y la carne. No, que Dios dé larga vida a Andréi Gavrílovich, y si Él se lo lleva, no queremos a nadie más que a ti, que eres nuestro bienhechor.

Y diciendo estas palabras, hizo restallar el látigo, sacudió las riendas y los caballos emprendieron un trote largo.

---

\* *Stárosta* : Persona designada por el terrateniente para dirigir a los campesinos de una aldea.

Conmovido por la fidelidad del viejo cochero, Dubrovski calló, entregándose a sus reflexiones. Pasó más de una hora cuando de improviso le despertó el grito de Grisha: “¡Ahí está Petróvskoe!” Dubrovski levantó la cabeza. El coche seguía a la orilla de un anchuroso lago, del que fluía un sinuoso riachuelo que acababa perdiéndose entre las lomas; sobre una de éstas, entre el espeso verdor de un bosquecillo, se divisaba la techumbre verde y la terraza de un enorme edificio de mampostería; sobre otra se levantaba una iglesia de cinco cúpulas y antiguo campanario; alrededor se extendían, dispersas, las *isbas* con sus huertos y sus pozos. Dubrovski recordó aquellos lugares, reconoció la colina en que había jugado con la pequeña Masha Troekúrova, algunos años menor que él y que ya prometía ser una belleza. Quiso preguntar a Antón por ella, pero cierta timidez le contuvo.

Al llegar a la altura de la casa señorial, vio un vestido blanco que cruzaba entre las ramas del jardín. En aquel momento, Antón sacudió un latigazo a los caballos y, con orgullo común a los cocheros de campo y de ciudad, cruzó a toda marcha el puente dejando atrás la aldea. A la salida, desde lo alto de una de las lomas, Vladímir contempló el bosque de abedules y a la izquierda, en un lugar despejado, una casita gris de techumbre roja; el corazón le latió con violencia. Ante él tenía Kisteniovka y la modesta casa era su hogar.

A los diez minutos penetraban en el patio. Miró alrededor con emoción indescriptible. Hacía doce años que no veía el lugar en que naciera. Los abedules que entonces acababan de plantar junto a la valla eran ahora altos árboles de frondoso ramaje. El patio, antes adornado con tres macizos de flores, entre los cuales había un ancho camino cuidadosamente barrido, se había convertido en una pradera en la que pacía un caballo trabado. Los perros comenzaron a ladrar, pero al reconocer a Antón callaron y se acercaron meneando los peludos rabos. La servidumbre salió de sus *isbas*, rodeando al joven señor con ruidosas demostraciones de alegría. A

duras penas pudo abrirse camino entre la bulliciosa gente y subir los desvencijados escalones del portal. En el zaguán lo recibió Egórovna, que lo abrazó entre sollozos.

—Buenas tardes, buenas tardes, niñera —repitió él, apretando contra su corazón a la buena anciana—. ¿Y mi padre? ¿Dónde está? ¿Cómo se encuentra?

En aquel instante entró en la sala, arrastrando los pies con dificultad, un anciano de elevada estatura, pálido y flaco, el cual iba envuelto en una bata y tocado con un gorro de dormir.

—¡Hola, Volodka! —dijo con voz débil, y Vladímir abrazó apasionadamente a su padre.

La alegría produjo en el enfermo una emoción demasiado fuerte. Se le doblaron las piernas y habría caído a no sostenerle su hijo.

—¿Por qué se ha levantado de la cama? —le dijo Egórovna—. No se tiene de pie y se empeña en ir donde hay gente.

Llevaron al anciano al dormitorio. Él trató de hablar, pero las ideas se mezclaban en su cabeza y sus palabras carecían de ilación. Acabó por callar y se quedó amodorrado. Todo aquello afectó mucho a Vladímir. Se instaló en el dormitorio y pidió que lo dejaran solo con su padre. Los servidores obedecieron y entonces acudieron todos ellos a Grisha, lo llevaron a la habitación de la servidumbre y allí le obsequiaron a la manera de la aldea, con la mayor cordialidad, abrumándolo con sus bienvenidas y preguntas.

## CAPÍTULO IV

Unos días después de su llegada, el joven Dubrovski quiso ocuparse de los asuntos, pero su padre no se hallaba en condiciones de darle las explicaciones necesarias, y además carecía de administrador. Examinando los papeles, no halló más que la primera carta del asesor y el borrador de la repuesta a la misma, lo que no bastaba para darle una idea clara del pleito, y decidió esperar los acontecimientos confiando en la razón que les asistía.

Entre tanto, la salud de Andréi Gavrílovich empeoraba por momentos. Vladímir preveía un rápido final y no se apartaba del anciano, que había vuelto por completo a su primera infancia.

Se agotó el plazo y no fue presentado el recurso. Kisteniovka pertenecía a Troekúrov. Shabashkin acudió a él y, entre grandes reverencias y felicitaciones, le rogó que fijase un día a su elección para entrar en posesión de la finca que acababa de obtener; preguntó si lo haría personalmente o por poder. Kirila Petróvich se turbó. No era codicioso, mas el deseo de venganza le había llevado demasiado lejos y ahora le remordía la conciencia. Sabía la situación en que se hallaba su adversario, antiguo compañero de juventud, y la victoria no le alegraba. Miró severamente a Shabashkin, buscando un pretexto por reñirle, pero no encontrándolo, dijo con irritación:

—Vete, no estoy para eso.

Shabashkin, viendo que no se hallaba de buen talante, hizo una inclinación y se apresuró a alejarse. Una vez solo, Kirila Petróvich se puso a pasear por la habitación, silbando

*Retumbe el trueno de la victoria*, que en él era signo de violenta agitación. Mandó por último enganchar un cochecillo, se abrigó (pues esto sucedía ya a fines de septiembre) y, guiando él mismo, salió del patio de su casa.

A la vista de la casita de Andréi Gavrílovich sentimientos contradictorios inundaron su alma. Un sentimiento de venganza satisfecha y su carácter pugnaban por dominar otro más noble, que acabó por triunfar. Se decidió a hacer las paces con su viejo vecino, a olvidar los motivos de la disputa y a devolverle su hacienda. Aliviada el alma con tan buenos propósitos, Kirila Petróvich puso el cochecillo al trote, en dirección a la casa de su vecino, entrando directamente en el patio.

El enfermo se encontraba en aquel momento sentado junto a la ventana del dormitorio. Reconoció a Kirila Petróvich y una angustia indecible se dibujó en su rostro: el rojo purpúreo sucedió a la ordinaria palidez, sus ojos despidieron chispas y balbuceó unas sonidos inarticulados. El hijo, que estaba a su lado revisando los libros de la hacienda, levantó la cabeza y quedó asombrado. El enfermo señalaba el patio con el dedo, con claras muestras de terror y de cólera. Recogía presuroso los faldones de su bata, disponiéndose a levantarse del sillón, cuando al incorporarse cayó desplomado. El hijo se precipitó hacia él; el anciano yacía sin conocimiento y sin respiración: le había sobrevenido un ataque de parálisis.

—¡Pronto, pronto, id a la ciudad a buscar un médico! — gritó Vladímir.

—Kirila Petróvich pregunta por usted —dijo un criado, entrando en el dormitorio.

Vladímir le dirigió una mirada espantosa.

—Di a Kirila Petróvich que se vaya antes de que yo mande que lo echen de aquí.

El criado corrió alegremente a cumplir la orden de su señor. Egórovna juntó las manos.

—Has perdido la cabeza —dijo con voz chillona—. Kirila

Petróvich nos comerá a todos.

—Cállate —dijo enfadado Vladímir—. Manda ahora mismo a Antón a la ciudad en busca de un médico.

Egórovna se alejó. En la antesala no había nadie, pues todos estaban congregados en el patio para ver a Kirila Petróvich. Salió al portal y oyó la respuesta del criado en nombre del joven señor. Kirila Petróvich la escuchó sentado en su cochecillo; su cara se hizo más sombría que la noche, sonrió con desprecio, paseó una mirada amenazadora por la servidumbre y salió del patio al paso de su caballo. Miró hacia la ventana junto a la que se encontraba Andréi Gavrílovich, pero éste había desaparecido. La niñera seguía en el portal, olvidada de la orden de su señor.

La servidumbre comentaba ruidosamente lo sucedido. De pronto, Vladímir apareció entre ellos y dijo lo siguiente con voz ronca:

—Ya no hace falta el médico, mi padre ha muerto.

Se produjo gran confusión. La gente se precipitó a la habitación del viejo señor. Éste yacía en el sillón al que Vladímir le había trasladado; la mano derecha colgaba hasta tocar el suelo, la cabeza reclinada sobre el pecho y el cuerpo, aún caliente, estaba ya desfigurado por la muerte. Egórovna rompió en sollozos; los criados rodearon el cadáver, abandonado a sus cuidados. Lo lavaron, y vistiéndolo con su uniforme, hecho el año 1797, lo colocaron sobre la misma mesa en la que durante tantos años habían servido a su señor.

## CAPÍTULO V

El entierro se efectuó al tercer día. El cuerpo del anciano yacía sobre la mesa, cubierto con el sudario y rodeado de cirios. El comedor estaba lleno de criados. Se disponían a llevar el cadáver. Vladímir y tres servidores levantaron a hombros el ataúd. Abrió la marcha el sacerdote, al que acompañaba el diácono cantando las oraciones funerarias. El dueño de Kisteniovka cruzó por última vez el umbral de su casa. Llevaron el ataúd por el bosquecillo, detrás del cual se encontraba la iglesia. Era un día de otoño, claro y frío. Las hojas caían de los árboles.

Al salir del bosquecillo, vieron la iglesia de madera de Kisteniovka y el cementerio con sus viejos tilos otoñales. Allí reposaba el cuerpo de la madre de Vladímir y otra fosa había sido abierta la víspera junto a su tumba.

La iglesia estaba llena de campesinos de Kisteniovka que habían acudido a rendir los últimos honores a su señor.

El joven Dubrovski se quedó en el coro; no lloraba ni rezaba, pero su rostro era espantoso. Terminó la triste ceremonia. Vladímir fue el primero en despedirse del muerto, y tras él lo hizo toda la servidumbre. Acercaron la tapa y clavaron el ataúd. Las mujeres sollozaban con grandes gritos; los hombres se limpiaban las lágrimas con el puño. Vladímir y los tres criados transportaron el féretro hasta la tumba, acompañados por toda la aldea. El ataúd fue bajado a la fosa, los presentes arrojaron a ella un puñado de tierra y comenzaron a funcionar las palas. Todos hicieron una inclinación y, finalmente, se dispersaron. Vladímir se alejó apresuradamente adelantándose a todos, y se ocultó en el bosque de Kisteniovka.

En nombre del joven señor, Egórovna invitó al pope y sus acompañantes al banquete funerario, explicando que éste no tenía el propósito de asistir. De esta suerte, el padre Antón, su mujer, Fedótvna, y el diácono se dirigieron a pie a la casa señorial, comentando con Egórovna las virtudes del difunto y haciendo conjeturas en torno a lo que esperaba a su heredero. (En toda la comarca se conocía ya la llegada y el recibimiento que se había hecho a Troekúrov, y los políticos del lugar profetizaban las importantes consecuencias que esto traería consigo).

—Lo que sea sonará —dijo la mujer del pope—, aunque sería una lástima que Vladímir Andréievich no fuese nuestro señor. Es un valiente.

—¿Quién va a ser nuestro señor, sino él? —le interrumpió Egórovna—. Hace mal Kirila Petróvich en acalorarse, no ha tropezado con un cobarde. Mi halcón sabrá defenderse y, si Dios quiere, seguiremos disfrutando de sus favores. Kirila Petróvich es muy orgulloso, pero tuvo que marcharse con el rabo entre piernas cuando mi Grisha le gritó: “¡Largo, perro viejo! ¡Fuera de aquí!”

—¡Ay, Egórovna! —dijo el diácono—, no sé cómo Grígori se atrevió. Creo que me decidiría antes a insultar al Señor que a mirar de reajo a Kirila Petróvich. Cuando lo veo, empiezo a temblar de miedo, el espinazo se me dobla sin que yo me dé cuenta y parece como si quisiera caer a sus pies...

—Vanidad de vanidades —comentó el sacerdote—. También a Kirila Petróvich le cantarán un responso como ahora a Andréi Gavrílovich. Acaso el entierro sea más suntuoso y se reúna más gente, pero ante Dios todos somos iguales.

—¡Ay, padre! También nosotros quisimos llamar a la gente de toda la comarca, pero Vladímir Andréievich se opuso. Hay lo suficiente para obsequiar a quien hubiese acudido, pero tuvimos que obedecerle. Pero aunque no sean muchos, agasajaré debidamente a nuestros queridos invitados.

Esta promesa, unida a la esperanza de encontrar un sa-



broso festín, hizo apresurar el paso a sus interlocutores, que llegaron felizmente a la casa señorial, donde ya se servía el vodka en la dispuesta mesa.

Entre tanto, Vladímir, adentrándose en la espesura, trataba de calmar su dolor con el ejercicio y la fatiga. Caminaba sin mirar, mientras las ramas le azotaban y arañaban a cada paso, y sus pies se hundían en el pantanoso terreno una y otra vez sin que lo advirtiera. Finalmente, llegó a una pequeña hondonada rodeada de árboles; un riachuelo, que el otoño había dejado casi sin agua, se deslizaba silencioso. Vladímir se detuvo, se sentó en el frío césped y los pensamientos, a cual más sombrío, se adueñaron de él. Experimentaba una intensa sensación de soledad. El futuro se le presentaba cubierto de nubarrones. La enemistad con Troekúrov anunciaba nuevas desgracias. Si su pobre finca pasaba a manos ajenas, le esperaba la miseria. Permaneció largo rato inmóvil, contemplando el suave fluir del arroyo, que arrastraba algunas hojas marchitas, y creyó ver en él una fiel imagen de la vida. Advirtió, por fin, que empezaba a oscurecer. Se levantó y trató de encontrar el camino de la casa, deambulando largo rato por el desconocido bosque, hasta dar con el sendero que le conducía directamente a ella. Al encuentro de Dubrovski venían el pope y todo el personal de la iglesia.

A su mente acudió la idea de un desgraciado presagio... Maquinalmente se hizo a un lado y se ocultó entre los árboles. Ellos no le vieron y al pasar junto a él hablaban con calor entre sí.

—Apártate del mal y haz el bien —decía el pope a su mujer—. Aquí no tenemos ya nada que hacer. No debe preocuparte cómo va a terminar el asunto...

Ella replicó algo que Vladímir no oyó.

Al acercarse a la casa vio que campesinos y criados se agolpaban en el patio. Desde lejos oyó el inusitado ruido y rumor de conversaciones. En el cobertizo había dos troikas. Un grupo de varios desconocidos, con levitas de uniforme, pare-

cían cambiar impresiones junto al portal.

—¿Qué significa esto? —preguntó irritado a Antón, que acudía a su encuentro—. ¿Quiénes son? ¿Qué desean?

—¡Ay, padrecito Vladímir Andréievich! —contestó el viejo, jadeante—. Ha venido el juzgado. Nos entregan a Troekúrov, nos quieren privar de tus mercedes...

Vladímir bajó la cabeza, mientras la gente rodeaba a su desgraciado señor.

—Tú eres nuestro padre —clamaban, besándole las manos—. No queremos a ningún otro señor más que a ti. Manda, señor, y les ajustaremos las cuentas a los del juzgado. Moriremos, pero no consentiremos que se salgan con la suya.

Vladímir los miró, agitado por extraños sentimientos.

—Quedaos tranquilos —les dijo—, yo hablaré con ellos.

—Habla, padrecito —sonaron varias voces entre la multitud—. Habla a la conciencia de esos malditos.

Vladímir se acercó a los funcionarios. Shabashkin, con la gorra encasquetada y los brazos en jarras, miraba orgulloso alrededor. El jefe de policía del distrito, un hombre alto y grueso de unos cincuenta años, mejillas coloradas y grandes bigotes, al ver acercarse a Dubrovski carraspeó y dijo con voz ronca:

—Os lo repito: conforme al fallo del tribunal del distrito, desde ahora pertenecéis a Kirila Petróvich Troekúrov, representado aquí por el señor Shabashkin. Obedecedle en todo cuanto os mande, y vosotras, mujeres, queredlo y respetadlo. Es muy aficionado a casadas y solteras.

Acompañó la pesada broma con una sonora risotada, que los demás corearon. Vladímir hervía de indignación.

—Permítame preguntarle qué significa esto —se dirigió con aparente sangre fría al alegre funcionario.

—Esto significa —contestó el interpelado— que hemos venido a tomar posesión de la finca en nombre de Kirila Petrovich Troekúrov y que pedimos a todos los demás que se vayan por las buenas.

—Creo que hubieran podido dirigirse a mí antes que a mis campesinos y anunciarme, como propietario que soy, que había sido desposeído de mis bienes...

—¿Y quién eres tú? —terció Shabashkin con una insolente mirada—. El antiguo propietario, Andréi Gavrílovich Dubrovski, ha muerto conforme a la voluntad de Dios. No sabemos quién eres ni deseamos saberlo.

—Señoría, es nuestro joven señor, Vladímir Andréievich —resonó una voz entre la multitud.

—¿Quién se atreve a abrir la boca? —preguntó en tono amenazador el jefe de policía—. ¿Qué señor, qué Vladímir Andréievich? Vuestro señor es Kirila Petróvich Troekúrov. A ver si os enteráis, imbéciles.

—De ningún modo —dijo la misma voz.

—¡Esto es un motín! —bramó el jefe de policía—. ¡Eh, *stárosta*, acércate!

El *stárosta* dio unos pasos al frente.

—Busca ahora mismo a quien se ha atrevido a hablar así conmigo. ¡Verá lo que es bueno!

El *stárosta* se volvió hacia la gente y preguntó quién había hablado. Pero todos callaron. Pronto, en las filas de atrás se levantó un murmullo que al instante se convirtió en un tremendo vocerío. El jefe de policía suavizó el tono y trató hacerlos entrar en razón.

—¡No hay nada que mirar! —gritaron los de la servidumbre—. ¡Duro con ellos, muchachos! —y la gente se hizo adelante.

Shabashkin y los demás funcionarios se apresuraron a meterse en el zaguán y cerraron tras sí la puerta.

—¡Hay que atarlos, muchachos! —gritó la misma voz de antes, y la gente empezó a empujar.

—¡Deteneos! —gritó Dubrovski—. ¡No seáis estúpidos! Os vais a perder y me perderéis a mí. Idos a vuestras casas y dejadme tranquilo. No temáis, nuestro soberano es misericordioso. Le suplicaré y no tolerará esta ofensa, pues todos noso-

tros somos hijos suyos. ¿Cómo voy a interceder por vosotros si os amotináis y procedéis como bandoleros?

Las palabras del joven Dubrovski, su sonora voz y majestuoso continente produjeron el efecto deseado. La gente se acalló, dispersándose, y el patio quedó vacío. Los funcionarios seguían en el interior de la casa. Por fin, Shabashkin abrió con precaución la puerta y, entre humilladas reverencias, dio a Dubrovski las gracias por su generosa intervención.

Vladimir lo escuchó con desprecio y no contestó.

—Hemos decidido —prosiguió el asesor—, con su permiso, pasar aquí la noche; ha oscurecido y sus *mujiks* podrían atacarnos en el camino. Lo único que le rogamos es que dé orden de que nos preparen dónde dormir, aunque sea unas brazadas de heno en la sala. Tan pronto como amanezca nos volveremos a casa.

—Hagan lo que quieran —contestó secamente Dubrovski—. Aquí ya no soy el dueño.

Dichas estas palabras, entró en la habitación de su padre y cerró tras sí la puerta.

## CAPÍTULO VI

“Así, todo ha terminado —se dijo—; esta mañana aún poseía un rincón y un pedazo de pan. Mañana deberé dejar la casa donde nací y donde mi padre ha muerto, al culpable de su muerte y de mi miseria.” Sus ojos se fijaron en el retrato de su madre. El pintor la había representado apoyada en la balaustrada, con un blanco vestido de mañana y una rosa en el pelo. “También este retrato irá a parar al enemigo de mi familia —pensó Vladímir—; lo llevarán al desván con las sillas rotas o lo colocarán en la antesala para que sus perreros hagan burla de él, y en el dormitorio de ella y en la habitación donde murió mi padre instalará a su administrador o su harén. ¡No, no! La triste casa de la que él me arroja no debe pertenecerle.” Vladímir apretó los dientes, al par que extraños pensamientos surgían en su mente. Las voces de los funcionarios llegaban hasta él: daban órdenes, exigían esto y lo otro, y distraían desagradablemente sus penosas reflexiones. Por fin, todo quedó en silencio.

Vladímir abrió las cómodas y los cajones, dedicándose a examinar los papeles del difunto. Casi todos ellos eran cuentas de la finca y cartas relativas a variados asuntos. Los rompió sin leerlos, cuando entre ellos encontró un sobre en el que había escrito: *Cartas de mi mujer*. Vladímir lo abrió con profundo sentimiento: las cartas, escritas durante la campaña de Turquía, estaban dirigidas al ejército de operaciones desde Kisteniovka. La madre describía su solitaria vida, sus ocupaciones en los asuntos de la casa, se lamentaba tiernamente de la separación y le pedía que volviese a casa, donde le esperaban los brazos de su buena compañera. En una de ellas

se mostraba inquieta por la salud del pequeño Vladímir; en otra se alegraba de sus precoces facultades y preveía para él un porvenir feliz y brillante. Entregado a la lectura, Vladímir olvidó todo sin darse cuenta de cómo transcurría el tiempo, con el alma sumergida en el mundo de la dicha familiar; el reloj de pared dio las once. Guardó las cartas en el bolsillo, tomó la vela y salió del despacho. Los funcionarios dormían en el suelo de la sala. Sobre la mesa había unos vasos vacíos y un fuerte olor a ron se percibía en toda la estancia. Vladímir pasó junto a ellos con repugnancia y se dirigió a la antesala. La puerta estaba cerrada; volvió a la sala, donde encontró la llave sobre la mesa. Al abrir tropezó con un hombre que se apretaba contra un rincón; un hacha brillaba en sus manos. Vladímir acercó la luz y reconoció al herrero Arjip.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—¡Ah, es usted, Vladímir Andréievich! —contestó Arjip en un susurro—. ¡Que el Señor se compadezca de mí y me salve! Menos mal que ha salido usted con la vela.

Vladímir lo miró asombrado.

—¿Por qué te escondes aquí? —preguntó al herrero.

—Quería... he venido... para comprobar si todos estaban en casa —contestó Arjip en voz baja, tartamudeando.

—¿Y para qué traes el hacha?

—¿El hacha? ¿Cómo voy a venir sin ella? Estos funcionarios son gente que si uno se descuida...

—Estás borracho; deja el hacha y vete a dormir.

—¿Borracho yo? Dios es testigo, Vladímir Andréievich, de que no me he llevado a la boca ni una sola gota... ¿Quién va a tener ahora ganas de beber? Jamás se ha visto cosa igual, esos funcionarios que quieren hacernos suyos, arrojan a nuestro señor de su propia casa... ¡Cómo roncan los malditos! Si acabamos con ellos de una vez, nadie sabría nada.

Dubrovski arrugó el ceño.

—Escucha, Arjip —dijo después de una pausa—. Lo que tú te proponías no es justo. Los funcionarios no son culpables.

Enciende el farol y sígueme.

Arjip tomó la vela de manos del señor, buscó tras la estufa un farol, lo encendió y ambos salieron al patio silenciosamente. El guarda de noche empezó a dar golpes en la plancha de hierro y se oyó el ladrido de los perros.

—¿Quién está de guardia? —preguntó Dubrovski.

—Nosotras —contestó una fina voz—. Vasilisa y Luke-  
ria.

—Idos —les dijo Dubrovski—, ya no hacéis falta.

—Se acabó —articuló Arjip.

—Gracias, protector nuestro —contestaron las mujeres, e inmediatamente se alejaron.

Dubrovski siguió adelante. Dos hombres se le acercaron; lo llamaron y reconoció la voz de Antón y Grisha.

—¿Por qué no dormís? —les preguntó.

—No estamos para dormir —respondió Antón—. Hasta qué punto hemos llegado, quién iba pensar...

—¡Más bajo! —le interrumpió Dubrovski—. ¿Dónde está Egórovna?

—En la casa, en su cuarto —contestó Grisha.

—Avísala y traéla aquí. Haz que salga también toda nuestra gente, que no quede dentro nadie, excepto los funcionarios. Y tú, Antón, engancha el coche.

Grisha se alejó y poco después se presentaba con su madre. La anciana no se había desnudado; excepción hecha de los funcionarios, nadie había pegado ojo.

—¿Están todos aquí? —preguntó Dubrovski—. ¿No ha quedado nadie en la casa?

—Nadie más que los funcionarios —contestó Grisha.

—Traed aquí heno o paja —ordenó Dubrovski.

La gente corrió al establo y volvió con unas brazadas de heno.

—Colocadlo bajo los escalones del portal. Así. Ahora, muchachos, prendedle fuego.

Arjip abrió el farol. Dubrovski encendió una astilla.

—Espera —dijo a Arjip—, creo que con la prisa he cerrado la puerta de la antesala. Ve y ábrela.

Arjip entró en el zaguán: la puerta estaba abierta. Arjip la cerró con llave a la vez que decía a media voz: “¡No faltaba más, hay que abrirla!”, y volvió a donde Dubrovski se encontraba.

Dubrovski acercó la astilla encendida, el heno comenzó a arder, se levantó una llama y todo el patio quedó iluminado.

—¿Qué haces, Vladímir Andréievich? —gritó acongojada Egórovna.

—Cállate —dijo Dubrovski—. Y ahora, hijos, adiós, me voy a donde Dios quiera llevarme. Sed felices con vuestro nuevo señor.

—Padre nuestro, nuestro bienhechor —contestó la gente— moriremos, pero no te abandonaremos, iremos contigo.

Trajeron el coche. Dubrovski subió a él con Grisha y les dijo que se reunieran en el bosque de Kisteniovska. Antón fustigó los caballos y éstos salieron del patio.

Se levantó una ráfaga de viento. En un minuto las llamas se apoderaron de toda la casa. Una humareda roja se remontaba sobre la techumbre. Los cristales crujían y saltaban hechos pedazos; empezaron a caer vigas envueltas en llamas; resonaron lastimeros gritos y exclamaciones: “¡Socorro, socorro, que nos abrasamos!”

—No faltaba más —dijo el herrero, que contemplaba el incendio con una sonrisa rencorosa.

—Arjip —le dijo Egórovna—, salva a esos malditos; Dios te recompensará.

—No faltaba más —contestó él.

En aquel momento, los funcionarios aparecieron tras la ventana, tratando de romper el doble marco. Pero la techumbre se derrumbó con estrépito y se acallaron los gritos.

Toda la servidumbre se esparció por el patio. Las mujeres, entre grandes gritos, acudían a salvar sus modestos enseres; los chiquillos saltaban, encantados con el incendio. Las



chispas volaban como una nevasca de fuego y también las *isbas* empezaron a arder.

—Ahora todo está bien —dijo Arjip—. Como arde, ¿eh? Dará gusto verlo desde Pokróvskoe.

En aquel momento otra escena llamó su atención; un gato corría por la techumbre de un cobertizo envuelto en llamas, perplejo, sin saber adónde saltar. El pobre animal lanzaba lastimeros maullidos pidiendo ayuda; los chicos se morían de risa al ver su desesperación.

—¿De qué os reís, diablejos? —les preguntó enfadado el herrero—. No sabéis lo que es el temor de Dios; una criatura suya se está muriendo y vosotros os alegráis como unos estúpidos.

Apoyó una escalera en la techumbre, que ya empezaba a arder, y subió en busca del gato. Éste comprendió su propósito y clavó las uñas en sus mangas con presuroso agradecimiento. El herrero, con la ropa chamuscada, bajó al suelo con su presa.

—Bueno, muchachos, adiós —dijo a la turbada servidumbre—; aquí no me queda nada por hacer. Que os vaya bien; no guardéis mal recuerdo de mí.

El herrero se alejó y el incendio continuó causando estragos cierto tiempo. Por fin se calmó, los montones de brasas siguieron luciendo vivamente en la oscuridad de la noche, mientras junto a ellas deambulaban los habitantes de Kisteniovka, víctimas de la catástrofe.

## CAPÍTULO VII

Al día siguiente la noticia del incendio se extendió por toda la comarca. Se hablaba de ello y se hacían las más diversas hipótesis y conjeturas. Unos afirmaban que la gente de Dubrovski, borrachos después del entierro, habían quemado la casa por descuido; otros achacaban el accidente a los funcionarios, asegurando que habían bebido más de la cuenta para festejar su instalación en la finca; muchos sostenían que la casa se había incendiado por sí misma con la gente del juzgado y toda la servidumbre; había quien intuía la verdad y afirmaba que el culpable de la horrible desgracia había sido el propio Dubrovski, movido por el rencor y la desesperación. Troekúrov llegó al día siguiente al lugar del siniestro y realizó una investigación. Resultó que el jefe de policía, el asesor, el abogado y el escribiente, lo mismo que Vladímir Dubrovski, la niñera Egórovna, el criado Grígori, el cochero Antón y el herrero Arjip, habían desaparecido... La servidumbre se mostró unánime en afirmar que la gente del juzgado había perecido en el incendio, al desplomarse la techumbre; sus huesos ennegrecidos aparecieron entre los carbones. Vasilisa y Lukeria dijeron haber visto a Dubrovski y al herrero Arjip pocos momentos antes del incendio. El herrero, según la opinión general, había quedado con vida y era, probablemente, el principal culpable, si no el único. Había sospechas contra Dubrovski. Kirila Petróvich remitió al gobernador de la provincia relación detallada de lo sucedido y una nueva causa fue puesta en marcha.

Poco después, otras noticias dieron pábulo a la curiosidad y a las conversaciones. En X aparecieron unos bandole-

ros que sembraban el terror en toda la comarca. Las medidas adoptadas por el gobierno contra ellos fueron insuficientes. Los robos, a cuál más notable, se sucedían uno tras otro. No había seguridad ni en los caminos ni en las aldeas. Unas cuantas troikas, llenas de bandidos, recorrían en pleno día la provincia entera, detenían a los viajeros y al correo, entraban en los pueblos, saqueaban las casas de los propietarios y les prendían fuego. El jefe de la banda gozaba fama de inteligencia, audacia y cierta magnanimidad. De él se contaban maravillas; el nombre de Dubrovski estaba en todos los labios; todos están convencidos de que él, y ninguno otro, era quien dirigía a los intrépidos criminales. Una circunstancia llamaba la atención: las fincas de Troekúrov eran respetadas, los bandidos no tocaban ni una sola dependencia suya, ni detenían uno solo de sus carros. Con su acostumbrada arrogancia, Troekúrov atribuía esta excepción al miedo que había sabido inculcar a toda la provincia y también a la excelente policía que había organizado en sus aldeas. En un principio, los vecinos se reían entre sí de la altivez de Troekúrov y cada día esperaban que los indeseables huéspedes le hicieran una visita en la que tendrían motivo para pedirle cuentas; pero, finalmente, se vieron obligados a aceptar y reconocer que los bandidos mostraban hacia él un incomprensible respeto... Troekúrov se mostraba jubiloso y a la noticia de cada nuevo golpe propagaba burlas a cuenta del gobernador, de los jefes de policía y de la tropa, de quienes Dubrovski siempre sabía escapar sin daño alguno. ¡Entre tanto, llegó el 1º de octubre, día de la fiesta patronal en la aldea de Troekúrov... Mas antes de hablar de esta solemnidad y de los acontecimientos que siguieron, debemos presentar al lector personajes nuevos o a quienes sólo recordamos de pasada al comienzo de nuestra narración.

## CAPÍTULO VIII

El lector habrá adivinado probablemente que la hija de Kirila Petróvich, de la que apenas si hemos dicho unas palabras, es la heroína de nuestro relato. En la época a que nos referimos tenía diecisiete años y se hallaba en la plenitud de su belleza. El padre la quería con locura, pero la trataba con la arbitrariedad que le era propia, ya tratando de complacer sus más pequeños caprichos, ya de una manera dura y, a veces, hasta cruel. Convencido como estaba de poseer su afecto, jamás consiguió ganarse su confianza. Ella estaba acostumbrada a disimular ante el padre sus sentimientos e ideas, pues nunca estaba segura de cómo serían acogidos. No tenía amigas y creció en la soledad. Las esposas e hijas de los vecinos visitaban en muy raras ocasiones a Kirila Petróvich, cuyas charlas y diversiones requerían la sociedad de hombres, y no de señoras. Muy pocas veces se dejaba ver nuestra beldad entre los invitados reunidos en los festines que daba Kirila Petróvich. La enorme biblioteca, integrada en su mayor parte por obras de escritores franceses del siglo XVIII, fue puesta a su disposición. El padre, que en toda su vida no había leído más que *La perfecta cocinera*, era incapaz de orientarla en la elección de libros, y Masha, después de echar un vistazo a obras de todo género, se detuvo, como algo lógico y natural, en las novelas. De este modo completó su educación, iniciada en tiempos bajo la dirección de *mademoiselle* Mimi, hacia quien Kirila Petróvich mostraba gran afición y confianza y a la que acabó por mandar sin gran ostentación a otra finca cuando las consecuencias de esta amistad se hicieron demasiado visibles. *Mademoiselle* Mimi dejó un recuerdo

bastante agradable. Era una buena muchacha y jamás hizo mal uso de la influencia que parecía tener sobre Kirila Petróvich, a diferencia de otras muchas concubinas que le fueron sucediendo. También Kirila Petróvich parecía quererla más que al resto, y el chiquillo de ojos negros, un travieso pillastre cuyos rasgos recordaban las facciones meridionales de *mademoiselle* Mimi, se criaba con él y lo había reconocido como hijo, a pesar de que una infinidad de chicuelos descalzos, parecidos a Kirila Petróvich como una gota de agua a otra, corrían ante sus ventanas y se consideraban adscritos a la servidumbre. Kirila Petróvich hizo venir de Moscú a un maestro francés para su pequeño Sasha, el cual maestro había llegado a Pokróvskoe en la época a que se refieren los acontecimientos que ahora describimos.

La buena presencia y el sencillo trato del maestro agradaron a Kirila Petróvich. Éste le entregó sus certificados y la carta de presentación de uno de sus parientes, en cuya casa había permanecido cuatro años en calidad de preceptor. Kirila Petróvich lo examinó todo y lo único que no le satisfizo fue la juventud del francés: no porque considerase incompatible este agradable defecto con la paciencia y la experiencia tan necesarias en tan desgraciado oficio, sino porque tenía resquemores que decidió manifestarle en el acto. A este efecto mandó llamar a Masha (Kirila Petróvich no hablaba el francés y ella le servía de intérprete).

—Acércate, Masha: di a este señor que lo acepto, sea, pero que no se propase con mis muchachas, porque de lo contrario, este hijo de perra... Tradúceselo, Masha.

Ella enrojeció y volviéndose al maestro le dijo en francés que su padre confiaba en su discreción y su buen comportamiento.

El francés le hizo una reverencia y contestó que esperaba merecer la estimación de los señores, incluso si le negaban su benevolencia.

Masha tradujo palabra por palabra la respuesta.

—Está bien, está bien —dijo Kirila Petróvich—. No necesita ni benevolencia ni estimación. Su obligación es cuidar de Sasha y enseñarle gramática y geografía. Tradúceselo.

María Kirílovna suavizó en su traducción las groseras expresiones del padre y Kirila Petróvich mandó al francés a un ala del edificio, en la que le destinaron una habitación.

Masha no prestó atención alguna al joven francés. Educada como estaba en un ambiente de prejuicios aristocráticos, el maestro era una especie de criado o artesano, y criado o artesano no eran hombres para ella. No advirtió la impresión que había producido en M. Deforge, ni su turbación, ni su temblor, ni su alterada voz. Durante los días que siguieron se tropezó con él bastante a menudo sin hacerle digno de las menores muestras de atención. Un inesperado suceso vino a cambiar por completo su opinión.

Kirila Petróvich solía tener en el patio algunos oseznos, que constituían uno de los principales entretenimientos del propietario de Pokróvskoe. Cuando eran más jóvenes, los oseznos eran llevados todos los días al salón, donde Kirila Petróvich pasaba largas horas con ellos, haciéndolos reñir con gatos y cachorros. Una vez crecidos, quedaban sujetos con cadena, esperando una auténtica pelea. En ocasiones los llevaban ante las ventanas de la casa señorial, haciendo dar vueltas ante ellos a un barril de vino, vacío, todo él cubierto de clavos; el oso lo olía, se acercaba lentamente y lo tocaba con las patas; al pincharse, empujaba más y más fuerte, con lo que el dolor se hacía más intenso. Enfurecido, se lanzaba rugiendo contra el barril, siguiendo así hasta que quitaban a la pobre fiera el objeto de su vana furia. En otras ocasiones, enganchaban a un carro una pareja de osos, hacían subir en él, de grado o a la fuerza, a los invitados y los obligaban a correr por el campo. Pero la mejor broma de Kirila Petróvich era otra.

Encerraban un oso hambriento en una habitación vacía, atándolo con una cuerda a un anillo fijo en la pared. La cuer-

da era casi tan larga como la habitación, de tal modo que sólo el rincón opuesto ofrecía refugio a los ataques de la fiera. Llevaban al novato ante la puerta de esta habitación, lo empujaban dentro como por casualidad, cerraban la puerta y la desgraciada víctima se quedaba a solas con el peludo anacoreta. El infeliz invitado, con la ropa desgarrada y lleno de arañazos, no tardaba en encontrar el rincón seguro, pero a veces tenía que permanecer tres horas pegado a la pared y ver cómo a dos pasos la fiera rugía, saltaba y se ponía sobre las patas traseras, tratando de acercarse a él. ¡Tales eran las nobles distracciones de aquel señor ruso! A los pocos días de la llegada del maestro, Troekúrov se acordó de él y quiso llevarlo a la habitación del oso: con este objeto lo mandaron llamar una mañana, lo llevó por unos oscuros pasillos; de pronto se abrió una puerta lateral y dos criados empujaron dentro de ella al francés encerrándolo con llave. Cuando el maestro se dio cuenta de lo ocurrido, vio al oso encadenado. La fiera comenzó a resoplar, oliendo de lejos a su visitante, y de pronto, levantándose sobre las patas traseras, se echó sobre él... El francés no se inmutó ni huyó, sino que esperó el ataque. El oso se acercó. Deforge sacó del bolsillo una pequeña pistola, metió el cañón en la oreja de la hambrienta fiera y disparó. El oso cayó redondo. Acudieron todos, se abrió la puerta y Kirila Petróvich entró y quedó pasmado ante el resultado de su broma.

Quiso saber quién había advertido a Deforge de la broma que le habían preparado o por qué llevaba éste en el bolsillo una pistola cargada. Mandó llamar a Masha, quien acudió y tradujo al francés las preguntas del padre.

—No había oído hablar del oso —contestó Deforge—, pero siempre llevo conmigo una pistola porque no estoy dispuesto a tolerar una ofensa de la que, por mi condición, no podría exigir satisfacciones.

Masha lo miró asombrada y tradujo sus palabras a Kirila Petróvich. Éste no hizo comentario alguno, mandó retirar

el oso y despellejarlo. Luego, dirigiéndose a su gente, dijo:

—¡Es un buen mozo! No se ha acobardado, la verdad, no se ha acobardado.

Desde aquel instante cobró afecto a Deforge y no se le ocurrió volverlo a poner a prueba.

Pero este suceso produjo una mayor impresión en María Kirílovna. Aquello era algo superior a toda fantasía: había visto al oso muerto y a Deforge, que se mantenía tranquilo ante el animal, conversando tranquilamente con ella. Había visto que el valor y el orgulloso amor propio no eran exclusivos de un estamento social, y a partir de entonces empezó a mostrar al joven maestro una consideración que aumentaba de hora en hora. Se establecieron entre ellos ciertas relaciones. Masha tenía una hermosa voz y grandes dotes musicales, y Deforge se ofreció a darle lecciones. Después de esto, el lector adivinará sin esfuerzo que Masha se enamoró de él, aunque no se atrevía a confesárselo a sí misma.



## SEGUNDA PARTE

## CAPÍTULO IX

La víspera de la fiesta empezaron a reunirse los invitados. Unos encontraban alojamiento en la mansión señorial y en los pabellones adjuntos, otros con el personal de las oficinas, los terceros con el sacerdote, los cuartos con campesinos acomodados. Las cuadras estaban llenas de caballos y en patios y cobertizos se amontonaban carruajes de toda clase. A las nueve de la mañana tocaron a misa y todos acudieron a la nueva iglesia de piedra, construida por Kirila Petróvich y que cada año se adornaba con sus ofrendas. Eran tantos los fieles de noble condición, que los simples campesinos no encontraron sitio en el templo y tuvieron que quedarse en el atrio y en el resto del recinto. La misa no empezaba, pues se esperaba a Kirila Petróvich. Llegó en coche cubierto tirado por seis caballos y se dirigió solemnemente a su asiento, acompañado de María Kirílovna. Las miradas de hombres y mujeres se dirigieron a ella: los primeros se asombraban de su belleza, las segundas admiraban su vestido. Dio comienzo a la misa y los cantantes, todos ellos siervos, se dejaron oír en el coro; Kirila Petróvich los acompañaba, oraba sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda y con orgullosa mansedumbre hizo una profunda inclinación cuando el diácono recordó con voz tonante “al fundador de este templo.”

Terminó la misa. Kirila Petróvich fue el primero en besar la cruz. Todos le siguieron y a continuación los vecinos acudieron a presentarle sus respetos. Las señoras rodearon a Masha. Al salir de la iglesia, Kirila Petróvich invitó a todos a comer, tomó el coche y se dirigió a su casa, seguido de los demás. Las habitaciones se llenaron de convidados. No cesa-

ban de entrar caras nuevas, que a duras penas podían abrirse paso hasta el anfitrión. Las señoras tomaron asiento en ceremonioso semicírculo, con sus costosos vestidos pasados de moda, cubiertas de perlas y brillantes, mientras los hombres se agrupaban junto al caviar y el vodka, charlando ruidosamente. En el salón la mesa estaba dispuesta para ochenta cubiertos. Los criados iban y venían, colocando botellas y alisando los pliegues de los manteles. Por fin, el mayordomo anunció en alta voz: “La comida está servida”, y Kirila Petróvich pasó el primero a ocupar su sitio. Tras él avanzaron las señoras y se sentaron gravemente, observando un cierto orden conforme a su categoría; las señoritas se apretaron como un tímido rebaño de cabritillas, tratando de ponerse unas junto a otras. Frente a ellas se acomodaron los hombres. Al final de la mesa tomó asiento el maestro, con el pequeño Sasha.

Los criados empezaron a servir los platos por orden de jerarquía, guiándose en caso de duda por la simple intuición de Lavater, sin equivocarse casi nunca. El ruido de platos y cucharas se confundía con la conversación de los invitados. Kirila Petróvich contemplaba alegre su festín, disfrutando a sus anchas la felicidad del generoso anfitrión... En aquel momento llegó al patio un coche tirado por seis caballos.

—¿Quién es? —preguntó el dueño.

—Antón Pafnútych —contestaron varias voces.

Se abrió la puerta y Antón Pafnútych Spitsin, un hombre obeso de unos cincuenta años, carirredondo y picado de viruelas, luciendo su triple sotabarba, irrumpió en el comedor entre inclinaciones y sonrisas, dispuesto a disculparse.

—Un cubierto aquí —gritó Kirila Petróvich—. Bienvenido, Antón Pafnútych. Siéntate y dinos qué significa esto: no has estado en mi misa y llegas tarde a la comida. No es propio de ti, eres buen creyente y te gusta comer.

—Perdóneme —contestó Antón Pafnútych, sujetándose la servilleta al ojal de su caftán color garbanzo—, perdóneme,

Kirila Petróvich. Me puse pronto en camino, pero antes de recorrer diez *verstas* se rompió en dos la llanta de una rueda delantera. ¿Qué podía hacer? Afortunadamente había cerca una aldea, pero mientras llegamos a ella, buscamos al herrero y éste la arregló de cualquier modo, pasaron tres horas justas. No me atrevía a pasar por el bosque de Kisteniovka y he dado un rodeo...

—¡Hola! —le interrumpió Kirila Petróvich—. No eres muy valiente que digamos. ¿Qué temías?

—Tengo miedo, Kirila Petróvich, a caer en las garras de Dubrovski. El mozo no suele fallar sus golpes, no deja escapar a nadie, y a mí, seguramente, me arrancaría los pellejos.

—¿Por qué esa diferencia?

—¿Por qué va a ser, Kirila Petróvich? Por lo del pleito del difunto Andréi Gavrílovich. Para darle gusto a usted, es decir, en conciencia y con arreglo a justicia, declaré que los Dubrovski poseían Kisteniovka sin derecho alguno, únicamente porque usted se avenía a ello. El difunto (que Dios tenga en su seno) prometió entendérselas conmigo, y el hijo puede cumplir la palabra del padre. Hasta ahora, Dios ha tenido compasión de mí. Únicamente me robaron un granero, pero cuando menos me lo espere pueden llegar a mi casa.

—En la casa tendrán ancho campo de acción —observó Kirila Petróvich—, con el cofrecillo rebosante de billetes...

—Nada de eso, Kirila Petróvich. Estaba lleno, pero ahora lo tengo completamente vacío.

—No mientas, Antón Pafnútič. Ya te conocemos. ¿En qué puedes gastar el dinero? Vives lo mismo que un cerdo, no recibes a nadie, despellejas a tus *mujiks*, lo único que te preocupa es ahorrar.

—Usted siempre con sus bromas, Kirila Petróvich — balbució con una sonrisa Antón Pafnútič—. Le aseguro que nos hemos arruinado —y trató de ingerir la señorial chanza del anfitrión con ayuda de un buen trozo de pastel relleno.

Kirila Petróvich lo dejó y se volvió hacia el nuevo jefe de

policía del distrito, que acudía por primera vez como invitado y se encontraba al otro extremo de la mesa, junto al maestro.

—¿Qué?, ¿atrapará usted al menos a Dubrovski, señor oficial?

El interpelado se amilanó, hizo una inclinación, sonrió y, tartamudeando, articuló al fin:

—Trataremos de hacerlo, excelencia.

—Hum, trataremos. Hace mucho que lo están tratando y hasta ahora nada han conseguido. Aunque, ¿para qué? Los desmanes de Dubrovski son un maná para los jefes de policía: viajes, investigaciones, coches, y dinero que va a parar al bolsillo. ¿Dónde encontrar otro bienhechor como él? ¿No es cierto, señor oficial?

—Es la pura verdad, excelencia —contestó el jefe de policía completamente turbado.

Los convidados se echaron a reír.

—Me gusta su sinceridad —dijo Kirila Petróvich—. Pero siento lo ocurrido a nuestro difunto jefe de policía Taras Alexéievich. Si no hubiese muerto en el incendio, la comarca estaría más tranquila. ¿Y qué se dice de Dubrovski? ¿Dónde lo vieron la última vez?

—En mi casa, Kirila Petróvich —resonó una fuerte voz de señora—. El martes pasado comió conmigo...

Las miradas se volvieron hacia Anna Sávishna Glóbova, una viuda bastante sencilla que gozaba de general aprecio por su alegre y buen genio. Todos se dispusieron curiosos a escuchar su narración.

—Han de saber que hace tres semanas mandé al administrador a Correos con dinero para mi Vaniusha. No mimo a mi hijo ni estaría en condiciones de hacerlo, aunque lo quisiera. Pero ustedes mismos saben que un oficial de la Guardia necesita sostener su rango con dignidad y comparto con él mis pequeñas rentas como puedo. Le mandé, pues, dos mil rublos, aunque más de una vez había pensado en Dubrovski.

La ciudad está cerca, no son más que siete *verstas* y acaso todo salga bien, me dije. A la caída de la tarde mi administrador volvió pálido, con la ropa desgarrada y a pie. Me llevé las manos a la cabeza: ¿Qué es eso? ¿Qué te ha sucedido? Él me explicó que los bandidos le habían robado, que faltó poco para que lo mataran. “El propio Dubrovski estaba allí, quería ahorcarme, pero se compadeció y me dejó marchar. En cambio, me desgarraron la ropa y me quitaron el caballo y el coche.” Así me dijo. Yo me quedé de una pieza. ¿Qué iba a ser de mi Vaniusha, rey de los cielos? Pero no podía hacer nada: escribí a mi hijo contándole lo ocurrido y le mandé mi bendición sin un céntimo que la acompañara.

“Pasó una semana y otra. De pronto vi un coche que entraba en el patio. Un general deseaba entrevistarse conmigo. Le hice pasar. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de cabello negro, bigote y barba, el vivo retrato de Kúlnev, que se me presentó como amigo y compañero de servicio de mi difunto esposo Iván Andréievich; pasaba junto a mi casa y al enterarse de que yo vivía allí se consideraba en el deber de presentar sus respetos a la viuda. Le obsequié con lo que buenamente tenía, hablando de unas cosas y otras. Salió a la conversación Dubrovski y yo le conté mi desgracia. El general arrugó el ceño. “Es extraño —dijo—; había oído que Dubrovski no asalta a todos, sino sólo a los ricos, y aun así les deja algo, no los despoja por completo. Nadie le ha culpado de muerte alguna. ¿No se tratará de una jugarreta? Haga el favor de llamar a su administrador.” Mandé a buscarlo y se presentó ante nosotros; en cuanto vio al general, se quedó de piedra. “Cuéntame, amigo, de qué modo te robó Dubrovski y cómo quiso ahorcarte.” Mi administrador se puso a temblar y cayó a los pies del general. “Soy culpable, me dejé llevar por la tentación, mentí.” “Pues en este caso —siguió el general—, cuenta a la señora cómo sucedió todo y yo escucharé.” El administrador no podía serenarse. “Vamos, cuéntenos —prosiguió el general—. ¿Dónde te encontraste con Dubrovski

ki?” “Junto a los dos pinos, señor, junto a los dos pinos.” “¿Qué te dijo?” “Me preguntó quién era y a dónde iba.” “¿Y después?” “Después me pidió la carta y el dinero.” “¿Y qué?” “Le entregué la carta y el dinero.” “¿Y él, qué hizo él?” “Perdón, señor.” “¿Qué hizo él?” “Me devolvió el dinero y la carta y me dijo: Vete con Dios, entrégalo en Correos.” “¿Qué más?” “Perdón, señor.” “Te voy a ajustar las cuentas, amigo —dijo el severo general—. Usted, señora, mande que registren el baúl de este bribón y entréguemelo, le daré una buena lección. Ha de saber que Dubrovski fue oficial de la Guardia y no querría ofender a un compañero.” Adiviné quién era su excelencia sin necesidad de preguntárselo. Los cocheros ataron al administrador al pescante del coche y apareció el dinero. El general comió conmigo e inmediatamente se marchó, llevándose al administrador. Lo encontraron al día siguiente en el bosque, atado a un roble y desollado como un tilo.

Todos escucharon en silencio la narración de Anna Sá-vishna, en particular, las señoritas. Muchas de ellas simpatizaban en secreto con Dubrovski, viendo en él a un héroe romántico, sobre todo María Kirílovna, fogosa soñadora atiborrada con los misteriosos horrores de Radcliffe\*.

—¿Y tú, Anna Sá-vishna, supones que era Dubrovski quien estuvo en tu casa? —preguntó Kirila Petróvich—. Te equivocas de medio a medio. No sé quién sería tu visitante, pero no fue Dubrovski.

—¿Quién podía ser? Nadie más que él sale a los caminos, detiene a los viajeros y los registra.

—No sé, pero estoy seguro de que no era Dubrovski. Lo recuerdo de niño, no sé si le habrá oscurecido el pelo, aunque entonces era un chiquillo rubio y de cabellos rizados. Lo que sé a ciencia cierta es que Dubrovski le lleva cinco años a mi

---

\* Ann Radcliffe (1764-1823): Novelista inglesa cuyos relatos, caracterizados por sus argumentos misteriosos y de atmósfera terrorífica, contribuyeron a la creación de la llamada novela gótica.

<http://edicionespda.blogspot.com>

Masha, y por tanto no tiene treinta y cinco, sino unos veintitrés.

—En efecto, excelencia —asintió el jefe de policía—. Traigo en el bolsillo las señas personales de Vladímir Dubrovski. Se dice expresamente que su edad es de veintitrés años.

—¡Ah! —exclamó Kirila Petróvich—. A propósito: léalas y escucharemos. No nos vendrá mal el conocerlas, por si acaso nos lo echamos a la cara. Entonces no escapará.

El jefe de policía sacó del bolsillo una hoja de papel bastante sucia, la desplegó y empezó a leer con voz cantarina:

*Señas personales de Vladímir Dubrovski, reunidas conforme a las manifestaciones de sus antiguos criados.*

*Edad, veintitrés años. Estatura, mediana; rostro, limpio; barba, afeitada; ojos, castaños; cabellos, rubios; nariz, recta. Señas especiales: ninguna.*

—¿Nada más? —preguntó Kirila Petróvich.

—Nada más —contestó el jefe de policía, volviendo a doblar el papel.

—Le felicito, señor oficial. ¡Vaya un documento! Con estas señas no le resultará difícil encontrar a Dubrovski. ¿Quién no es de estatura mediana, cabellos rubios, nariz recta y ojos castaños? Apuesto lo que quieran a que uno puede estar bebiendo tres horas seguidas con Dubrovski en persona sin adivinar de quién se trata. ¡No hay nada que decir, los que escribieron eso son muy listos!

El jefe de policía guardó mansamente el papel en el bolsillo y la emprendió silencioso con el ganso y la col. Entre tanto, los criados habían recorrido varias veces la mesa llenando las copas. Varias botellas de vino del Cáucaso y de Crimea fueron descorchadas ruidosamente y recibidas como champaña; las caras empezaban a enrojecer y las conversaciones se hacían más ruidosas, deshilvanadas y alegres.

—No —prosiguió Kirila Petróvich—, no veremos otro jefe de policía como el difunto Taras Alexéievich. A él no le pasaba nada por alto, no era un babieca. Lástima que muriese



en el incendio, porque de él no habría escapado ni uno solo de la cuadrilla. Habría cazado hasta el último, no librándose ni el propio Dubrovski. Taras Alexéievich habría aceptado su dinero, eso sí, pero no habría consentido en soltarlo. Tal era la costumbre del difunto. Puesto que no hay otro remedio, tendré que intervenir personalmente en el asunto y salir en busca de los bandidos con la gente de mi casa. Para empezar mandaré una veintena de hombres que limpien el bosque de ladrones; es una gente que no conoce el miedo, pues cualquiera de ellos sabe hacer frente al oso y ante los bandidos no recularán.

—¿Cómo sigue su oso, Kirila Petróvich? —preguntó Antón Pafnútych, recordando a su peludo conocido y ciertas bromas de las que él mismo había sido víctima en ocasiones.

—*Misha* pasó a mejor vida —contestó Kirila Petróvich—. Murió como un héroe a manos del enemigo. He ahí su vencedor —añadió señalando a Deforge—. A ver si aprendes de mi francés. Vengó tu... con permiso sea dicho... ¿recuerdas?

—¡Cómo no me voy a acordar! —dijo Antón Pafnútych, rascándose el cogote—. Lo recuerdo muy bien. De modo que *Misha* ha muerto; lo siento mucho, de veras que lo siento. ¡Era tan bromista! ¡Y qué listo! No se encontraría otro oso como él. ¿Pero por qué lo mató?

Kirila Petróvich relató con viva satisfacción la hazaña de su francés, pues poseía la feliz capacidad de presumir de cuanto le rodeaba. Los invitados escucharon atentos la narración de la muerte de *Misha* y miraron asombrados a Deforge, quien, sin sospechar que se hablaba de su valentía, permanecía tranquilamente en su asiento y hacía observaciones de carácter moral a su travieso discípulo.

La comida, que se había prolongado casi tres horas, dio a su fin; el anfitrión dejó la servilleta sobre la mesa, todos se levantaron y se dirigieron a la sala, donde les esperaban el café, las cartas y la continuación de la bebida, tan felizmente iniciada en el comedor.

## CAPÍTULO X

Hacia las siete de la tarde algunos invitados quisieron retirarse, pero el dueño de la casa, a quien el ponche había alegrado el espíritu, mandó cerrar las puertas y anunció que hasta la mañana siguiente no dejaría salir a nadie. Pronto empezó la música, las puertas del salón se abrieron y comenzó el baile. El anfitrión y sus íntimos permanecían sentados en un rincón, bebiendo vaso tras vaso y complaciéndose con la alegría de los jóvenes. Las viejas jugaban a las cartas. Los caballeros, como en cualquier sitio donde no hay una brigada de ulanos, eran menos que las señoras y todos los hombres útiles fueron reclutados. El maestro se distinguía particularmente, bailaba más que ninguno, las señoritas se lo disputaban y encontraban una delicia danzar con él. María Kirílovna lo hizo varias veces entre las miradas burlonas de las otras. Por fin, hacia la medianoche, el fatigado anfitrión puso fin al baile, ordenó que sirvieran la cena y se retiró a dormir.

Con la ausencia de Kirila Petróvich los reunidos se sintieron más libres y animados: los caballeros se atrevieron a sentarse junto a las damas y las señoritas reían y cuchicheaban con sus vecinos; las señoras hablaban en alta voz de un lado a otro de la mesa. Los hombres bebían, discutían y lanzaban sonoras risotadas. En una palabra, la cena resultó extraordinariamente alegre y dejó en todos muchos y agradables recuerdos.

Una sola persona permanecía al margen del júbilo general: Antón Pafnútych, cejijunto y taciturno, comía con aspecto distraído y parecía extraordinariamente inquieto. La conversación de los bandidos había trastornado su imaginación.

Pronto veremos que tenía razones suficientes para temerlos.

Cuando Antón Pafnútych puso a Dios por testigo de que su cofrecillo estaba vacío, no mentía ni pecaba. El cofrecillo estaba, en efecto, vacío; el dinero que antes contenía había pasado a una bolsa de cuero que llevaba colgando del cuello, debajo de la camisa. Sólo esta medida de precaución mitigaba la desconfianza que sentía hacia todos y su eterno miedo. Obligado a pasar la noche fuera de su casa, temía que le asignasen una habitación alejada en la que los ladrones pudieran penetrar fácilmente y buscaba con los ojos a un compañero seguro, hasta que acabó por fijarse en Deforge. Su aspecto, que denotaba una gran fuerza, y más aún el valor de que dio pruebas al enfrentarse con el oso, del que el pobre Antón Pafnútych no podía acordarse sin un estremecimiento, decidieron su elección. Cuando se levantaron de la mesa, empezó a dar vueltas junto al joven francés, carraspeando y suspirando, hasta que por fin acabó por abordarle.

—Hum, hum, ¿podría, musió, pasar la noche en su cuarto? Porque veré...

—*Que désire monsieur?* —preguntó Deforge, inclinándose ante él cortésmente.

—Es una lástima, musió, que no hayas aprendido el ruso. *Je veux, chez vous, coucher*, ¿entiendes?

—*Monsieur, très volontiers* —contestó Deforge—, *veuillez donner des ordres en conséquence.*

Antón Pafnútych, satisfechísimo de sus conocimientos de la lengua francesa, fue acto seguido a dar las órdenes oportunas.

Los invitados se dieron las buenas noches y cada uno se dirigió a la habitación que le habían asignado. Antón Pafnútych se trasladó con el maestro al ala opuesta del edificio. La noche era oscura. Deforge alumbraba el camino con un farol y Antón Pafnútych le seguía bastante animoso, llevándose de vez en cuando la mano al pecho para tocar la escondida bolsa y convencerse de que el dinero seguía intacto.

Al llegar a su habitación, el maestro encendió una vela y ambos procedieron a desnudarse; mientras tanto, Antón Pafnútič iba y venía por el cuarto, examinando las cerraduras y las ventanas y meneando la cabeza ante el poco consolador resultado de la inspección. La puerta se cerraba con un simple pestillo y las ventanas carecían de doble marco. Trató de hacérselo ver a Deforge, pero sus conocimientos de la lengua francesa eran muy limitados para una explicación tan complicada: el maestro no le entendía y él se vio obligado a prescindir de sus lamentaciones. Las camas estaban una frente a la otra; se acostaron y el maestro apagó la luz.

—¿Por qué apaga, por qué apaga? —gritó Antón Pafnútič, conjugando como Dios le dio a entender el verbo ruso *apagar* a la manera francesa—. No puedo dormir en la oscuridad.

Deforge, sin comprender sus exclamaciones, le dio las buenas noches.

—Maldito extranjero —gruñó Spitsin, envolviéndose en la manta—. No sé por qué tiene que apagar la luz. Peor para él. Yo no puedo dormir a oscuras. Musiú, musiú —prosiguió— *je veux avec vous parler*.

Pero el francés no contestó y a poco empezaba a roncar.

“Cómo ronca ese animal —pensó Antón Pafnútič—. Y yo no puedo conciliar el sueño. A lo mejor los ladrones entran por la puerta o por la ventana y ese bestia no se despertará ni a cañonazos.”

—¡Musiú, eh, musiú! Que el diablo te lleve.

Antón Pafnútič se calló. El cansancio y los vapores del vino fueron venciendo poco a poco su temor; se quedó amodorrado y poco después se apoderaba de él un profundo sueño.

Le aguardaba un despertar horroroso. Entre sueños sentía que alguien tiraba suavemente del cuello de su camisa. Antón Pafnútič abrió los ojos y a la pálida luz de un amanecer otoñal vio ante él a Deforge: el francés empuñaba con una mano una pistola de bolsillo y con la otra abría la preciosa

bolsa. Antón Pafnútich quedó muerto de miedo.

—*Qu'est ce que ce, musiú, qu'est ce* —articuló con voz temblorosa.

—Silencio —contestó el maestro en perfecto ruso—. Cá-llese o es hombre muerto. Soy Dubrovski.

## CAPÍTULO XI

Ahora pedimos al lector permiso para explicar los últimos acontecimientos de nuestra narración, aclarando circunstancias a las que no habíamos tenido ocasión de referirnos.

En la casa del jefe de posta de la estación de X, de quien ya hemos hablado, permanecía sentado en un rincón un viajero de aspecto humilde y paciente, propio del plebeyo o extranjero, es decir, de persona a quien no se escucha en las líneas de posta. Su cochecillo esperaba en el patio a que lo engrasasen. En él había una pequeña maleta, prueba también de sus escasos medios de fortuna. El viajero no había pedido té ni café; miraba por la ventana y silbaba con visible gusto de la mujer del jefe, que permanecía al otro lado de un biombo.

—Dios nos ha mandado a un aficionado a silbar —dijo la mujer a media voz—. ¡Ojalá reventase el maldito extranjero!

—¿Qué te importa a ti? —dijo el jefe de la estación—. No te causará gran daño por mucho que silbe.

—¿No? —replicó enfadada ella—. ¿No sabes lo que significa?

—El que silba, espera dinero. Nada más, Pajómovna. En nuestro país unos silban y otros no; lo que, desde luego, no hay, es dinero.

—Dale la salida, Sidórich, no sé por qué lo retienes tanto tiempo. Dale caballos y que se vaya al diablo.

—Que espere, Pajómovna; en las caballerías sólo hay tres troikas, la cuarta está descansando. A lo mejor llegan de pronto viajeros importantes; no quiero responder del francés con mi cuello. ¡Ahí tienes! Llegan al galope. ¡Qué rápidos son

esos caballos! ¿Será un general?

El coche se detuvo ante el portal de la casa. El criado saltó del pescante, abrió la portezuela y un joven de capote militar y gorra blanca entró en la habitación del jefe de la estación seguido por el criado con un cofrecillo que colocó junto a la ventana.

—Caballos —dijo el oficial con voz imperiosa.

—Ahora mismo —contestó el jefe—. Tenga la bondad de entregarme la hoja de ruta.

—No la tengo. Voy a... ¿Es que no me conoces?

El jefe de la posta, inquieto, salió a dar prisa a los cocheros. El joven empezó a pasearse por la habitación, pasó al otro lado y preguntó en voz baja a la mujer quién era aquel viajero.

—Dios sabe —contestó ella—, un francés. Lleva cinco horas esperando caballos y no deja de silbar. Nos tiene aburridos el maldito.

El joven interpelló al viajero en francés.

—¿A dónde se dirige? —le preguntó.

—A la ciudad próxima —contestó el francés—. De allí tengo que ir a casa de un propietario que me ha contratado como maestro sin verme siquiera. Pensaba llegar hoy, pero parece que el señor jefe de la posta ha decidido otra cosa. En esta tierra, señor oficial, es difícil conseguir caballos.

—¿A casa de qué propietario va? —siguió preguntando el oficial.

—A la del señor Troekúrov —explicó el francés.

—¿Troekúrov ¿Quién es ese Troekúrov?

—*Ma foi, monsieur...* La verdad es que lo que me han contado de él no es muy agradable. Dicen que es un señor orgulloso y antojadizo, cruel en el trato con quienes viven en su casa. Nadie puede congeniar con él, todos tiemblan al oír su nombre, no guarda cumplidos con los maestros y a dos mandó azotarlos hasta dejarlos casi muertos.

—¿Qué me dice? ¿Y ha aceptado colocación en casa de ese

monstruo?

—Qué le voy a hacer, señor oficial. Me ofrece un buen sueldo, tres mil rublos libres al año. Acaso yo tenga más suerte que los otros. Mi madre es ya anciana, podré mandarle la mitad del sueldo para su sustento y con el dinero restante en cinco años puedo reunir un capitalito que me permita llevar una vida independiente. Y entonces *bonsoir*, me iré a París y pondré un negocio.

—¿Le conoce a usted alguien de la casa de Troekúrov? —preguntó el oficial.

—Nadie —contestó el maestro—. Yo estaba en Moscú, donde me reclamó a través de un amigo suyo a quien su cocinero, paisano mío, me había recomendado. Porque ha de saber que yo no he estudiado para maestro, sino que aprendí el oficio de pastelero. Pero como me dijeron que en su tierra la profesión de maestro particular es mucho más ventajosa...

El oficial quedó pensativo.

—Escuche —dijo por fin al francés—, ¿qué le parecería si en vez de ese futuro le ofreciese en mano diez mil rublos con la condición de que inmediatamente se volviera a París?

El francés miró al oficial asombrado, sonrió y meneó la cabeza.

—Los caballos están listos —dijo el jefe de la posta, acercándose.

El criado lo confirmó.

—Ahora mismo —replicó el oficial—, salid un momento. Así lo hicieron el jefe de la posta y el criado.

—No es una broma —prosiguió en francés—. Le puedo dar los diez mil rublos. Lo único que necesito es su documentación y que usted desaparezca.

Diciendo estas palabras, abrió el cofrecillo y sacó varios fajos de billetes.

El francés abrió desmesuradamente los ojos. No sabía qué pensar.

—Que desaparezca... mi documentación —repitió asom-



brado—. Aquí está mi documentación, pero usted bromea: ¿para qué necesita mi documentación?

—Eso no es cosa suya. ¿Lo acepta o no?

El francés, sin dar crédito a sus oídos, entregó los papeles al joven oficial, que los examinó por encima.

—Su pasaporte... está bien, la carta de presentación; veamos, el certificado de nacimiento. Perfecto. Aquí tiene su dinero, ahora váyase. Adiós...

El francés se quedó de una pieza.

El oficial dio la vuelta.

—Olvidaba lo más importante: deme su palabra de honor de que todo esto quedará entre nosotros. Su palabra de honor.

—Palabra de honor —confirmó el francés—. Pero mis papeles, ¿qué voy a hacer sin ellos?

—Al llegar a la primera ciudad, diga que Dubrovski le ha asaltado. Le creerán y le proporcionarán el oportuno certificado. Adiós, le deseo que llegue pronto a París y encuentre bien de salud a su madre.

Dubrovski salió de la habitación, subió al coche y se alejó al galope.

El jefe de la posta se quedó mirando por la ventana y cuando el coche hubo desaparecido se volvió hacia su mujer.

—¿Sabes, Pajómovna? Era Dubrovski.

Ella corrió hacia la ventana, pero era tarde. Dubrovski estaba ya lejos. Entonces dijo furiosa al marido:

—No conoces el temor de Dios, Sidórich. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Al menos habría podido fijarme en él, porque ahora, a ver cuándo aparece de nuevo. ¡No tienes conciencia, como lo oyes, no tienes conciencia!

El francés seguía estupefacto. El trato con el oficial, el dinero, todo le parecía un sueño. Pero los fajos de billetes estaban en su bolsillo y le confirmaban con elocuencia la realidad del asombroso lance.

Se decidió a alquilar caballos hasta la ciudad. El cochero

lo llevó al paso y era ya de noche cuando llegaron.

Antes de acercarse al puesto de vigilancia, en el que en vez del guardia se levantaba una desvencijada garita, el francés mandó parar, se apeó y siguió a pie, no sin antes explicar por sus señas al cochero que le daba, en concepto de propina, el carruaje y la maleta. El cochero quedó tan asombrado de su liberalidad como antes había quedado el francés ante la oferta de Dubrovski. Pero llegando a la conclusión de que el extranjero se había vuelto loco, le dio las gracias con una profunda reverencia y sin juzgar oportuno entrar en la ciudad, se dirigió a cierto establecimiento recreativo cuyo dueño le era muy conocido. Allí pasó toda la noche y a la mañana siguiente, de vacío, emprendió el camino de regreso a su casa, sin coche y sin maleta, pero con la cara abotagada y los ojos enrojecidos.

Una vez en posesión de los papeles del francés, Dubrovski se presentó audazmente a Troekúrov, según hemos visto, y se quedó en su casa. Cualesquiera que fuesen sus secretos propósitos (y de ellos tendremos más adelante noticia), en su conducta no hubo nada que moviese a sospecha. Ciertamente que se preocupaba poco de la educación del pequeño Sasha, dándole plena libertad en sus travesuras y sin mostrarse muy riguroso en las lecciones, de las que únicamente se preocupaba para guardar las apariencias; en cambio, seguía con gran interés los éxitos musicales de su discípula, con quien a menudo permanecía sentado horas enteras ante el piano. Todos querían al joven maestro: Kirila Petróvich por su audaz habilidad en la caza, María Kirílovna por su ilimitado celo y sus tímidas atenciones, Sasha por su indulgencia hacia las travesuras que constantemente inventaba y la servidumbre por su bondad y esplendidez, que no parecía corresponder con su posición. Se diría que él mismo se sentía unido a toda la familia y se consideraba ya como un miembro de la misma.

Pasó cerca de un mes desde que comenzó la vida de maes-

tro hasta la memorable fiesta, y nadie sospechaba que en el modesto joven francés pudiera ocultarse el terrible bandido cuyo nombre infundía terror a todos los propietarios de la comarca. Durante este tiempo Dubrovski no se ausentó ni una sola vez de Pokróvskoe, mas no por eso cesaron los rumores de los asaltos, gracias a la inventiva e imaginación de la gente de las aldeas, aunque muy bien pudiera suceder que la banda prosiguiera sus hazañas en ausencia del jefe.

Al pasar la noche en una misma habitación con un hombre a quien podía considerar enemigo personal y uno de los principales culpables de su desgracia, Dubrovski no pudo resistir la tentación. Conocía la existencia de la bolsa y decidió apoderarse de ella. Hemos visto cómo asombró al pobre Antón Pafnútič con su inesperada transformación de maestro en bandido.

A las nueve de la mañana los invitados, que habían pasado la noche en Pokróvskoe, se fueron reuniendo uno tras otro en la sala, donde ya hervía el samovar, ante el que se sentaba María Kirílovna, ataviada con un vestido de mañana, y Kirila Petróvich, con su levita de paño y en pantuflas, tomaba té con una ancha taza que parecía una jofaina. El último en aparecer fue Antón Pafnútič; estaba tan pálido y parecía tan descompuesto, que su aspecto llamó la atención a todos y Kirila Petróvich se interesó por su salud. Spitsin contestó algo incoherente mientras miraba aterrado al maestro, que permanecía sentado allí mismo como si nada hubiese ocurrido. A los pocos minutos, entró un criado y anunció a Spitsin que su coche estaba dispuesto: Antón Pafnútič se apresuró a despedirse y, a pesar de las exhortaciones del dueño de la casa, salió rápidamente de la estancia y se marchó acto seguido. Nadie comprendió lo que le había pasado y Kirila Petróvich decidió que estaba ofendido. Después del té y del almuerzo de despedida, los demás invitados empezaron a dispersarse. Poco después Pokróvskoe quedaba vacío y la vida volvió a su cauce normal.

## CAPÍTULO XII

Transcurrieron varios días sin que se oyera nada digno de mención. La vida de los moradores de Pokróvskoe era monótona. Kirila Petróvich salía de caza a diario; la lectura, los paseos y las lecciones de música ocupaban a María Kirílovna, sobre todo las lecciones de música. Empezaba a comprender su propio corazón y a confesarse, con gran disgusto, que no permanecía indiferente hacia las virtudes del joven francés. Él, por su parte, no rebasaba los límites del respeto y la corrección más severa, con lo que tranquilizaba el orgullo de la joven y sus temerosas dudas. María Kirílovna se entregaba cada vez con más confianza a la atrayente costumbre. Se aburría sin Deforge, en su presencia sólo se ocupaba de él, quería conocer su opinión sobre todas las cosas y siempre se mostraba de acuerdo con lo que él decía. Acaso no estuviera aún enamorada, pero ante el primer obstáculo casual o ante una súbita persecución del destino, la llama de la pasión debía encenderse en su corazón.

Cierto día llegó a la sala donde la esperaba su profesor. María Kirílovna advirtió, asombrada, la turbación que se reflejaba en su pálido rostro. Abrió el piano, cantó algunas notas, pero Dubrovski, con el pretexto de que le dolía la cabeza, se excusó, interrumpió la lección y, cerrando el cuaderno de música, le entregó disimuladamente un billete. María Kirílovna, sin pararse a pensarlo, lo tomó, arrepintiéndose al instante de haberlo hecho, pero Dubrovski no estaba ya en la sala. Ella se dirigió a su habitación, desdobló el billete y leyó lo siguiente:

*Acuda hoy a las siete al cenador del arroyo. Tengo necesidad de hablar con usted.*

Su curiosidad fue inmensa. Hacía tiempo esperaba una declaración que deseaba y temía al mismo tiempo. Le agradaría oír la confirmación de lo que ella había adivinado, pero se daba cuenta de que resultaría inconveniente escuchar dicha declaración de un hombre que por sus bienes de fortuna no podía aspirar nunca a recibir su mano. Decidió ir a la cita, aunque le asaltaba una duda: no sabía de qué modo debía acoger la declaración del maestro, si con una indignación aristocrática, con invocaciones a la amistad, con bromas alegres o con una muda correspondencia. No cesaba de mirar el reloj. Anocheció, trajeron las luces y Kirila Petróvich se sentó a jugar a las cartas con unos vecinos que acababan de llegar; el reloj del comedor dio las siete menos cuarto cuando María Kirílovna salió disimuladamente al portal, miró a un lado y a otro y corrió hacia el jardín.

La noche era lóbrega, el cielo estaba cubierto de nubes y era imposible ver nada a dos pasos. Pero María Kirílovna avanzó en la oscuridad por los conocidos senderos y un minuto después estaba en el cenador; allí se detuvo para calmar su agitada respiración y presentarse ante Deforge con un aspecto indiferente, como si hubiese acudido sin prisa. Mas Deforge estaba ya ante ella.

—Le agradezco —le dijo con voz suave y triste— que haya accedido a mi ruego. Habría caído en la desesperación si no lo hubiese hecho.

María Kirílovna contestó con una frase que traía preparada:

—Espero que no me hará arrepentir de mi indulgencia.

Él calló, como cobrando ánimos.

—Las circunstancias lo exigen... Me veo obligado a dejarla... —dijo por fin—. Es posible que pronto oiga hablar de mí... Pero antes de separarnos debo darle una explicación...

María Kirílovna no contestó nada. En aquellas palabras veía el prefacio de la esperada declaración.

—No soy quien usted supone —prosiguió él, bajando la cabeza—. No soy el francés Deforge, soy Dubrovski.

María Kirílovna lanzó un grito.

—No tema, por el amor de Dios, usted no debe asustarse de mi nombre. Sí, soy el desgraciado a quien su padre privó del último pedazo de pan, lo arrojó de su propia casa y lo mandó a robar en los caminos. Pero usted no debe temerme, ni por usted ni por él. Todo ha terminado. Le he perdonado. Escúcheme, usted lo salvó. Mi primera y sangrienta empresa debía tenerle a él como víctima. Anduve alrededor de su casa viendo el lugar más propicio para provocar el incendio, para entrar en su dormitorio y cortarle todos los caminos de huida: y en aquel momento usted pasó junto a mí como una visión celestial, y mi corazón se ablandó, comprendiendo que la casa en que usted habita es sagrada, que ni un solo ser unido a usted con lazos de sangre debía ser víctima de mi maldición. Renuncié a la venganza, viendo en ella una locura. Días enteros anduve junto a los jardines de Pokróvskoe con la esperanza de ver de lejos su vestido blanco. La seguí en sus imprudentes paseos, deslizándome de un arbusto a otro, feliz con la idea de que la protegía, de que para usted no existía peligro alguno allí donde yo me encontraba oculto. Por fin se presentó la ocasión. Pude entrar en su casa. Estas tres semanas han sido para mí días de felicidad y su recuerdo me consolará en mi penosa vida... Hoy he recibido una noticia después de la cual ya no puedo seguir aquí por más tiempo. Me separo de usted hoy... ahora mismo... Mas antes debía explicarle todo esto para que no me maldijera ni me despreciara. Piense alguna vez en Dubrovski. Por su nacimiento él estaba destinado a algo distinto, a que su alma supiera amarle y nunca...

En aquel instante se oyó un ligero silbido y Dubrovski calló... Le tomó la mano y se la llevó a los ardientes labios. Se

repitió el silbido.

—Perdóneme —dijo Dubrovski—, me llaman. Un minuto más puede significar mi muerte.

Se apartó. María Kirílovna permanecía inmóvil. Dubrovski volvió a ella y de nuevo le tomó la mano.

—Si en alguna ocasión —le dijo con voz tierna y conmovida—, si en alguna ocasión le alcanza una desgracia y no puede esperar ayuda ni protección de nadie, en tal caso ¿me prometes que recurriré a mí, que me exigirá todo hasta conseguir su salvación? ¿Me prometes que no rechazará mi lealtad?

María Kirílovna lloraba en silencio. El silbido resonó por tercera vez.

—¡Va a ser la causa de mi perdición! —exclamó Dubrovski—. No me iré de aquí hasta tanto no responda, ¿me lo prometes o no?

—Se lo prometo —murmuró la beldad.

Conmovida por la entrevista con Dubrovski, María Kirílovna abandonó el jardín. A la vuelta le pareció advertir una agitación inusitada: la casa entera estaba en movimiento, en el patio había mucha gente y ante el portal había parada una troika. Oyó a lo lejos la voz de Kirila Petróvich y se apresuró a entrar, temerosa de que su ausencia hubiese sido advertida. En la sala se tropezó con Kirila Petróvich. Los huéspedes rodeaban al jefe de policía del distrito, a quien ya conocemos, y lo abrumaban a preguntas. El oficial, en traje de viaje y bien armado, contestaba agitado y misterioso.

—¿Dónde estabas, Masha? —preguntó Kirila Petróvich—. ¿Has visto al señor Deforge?

A duras penas pudo ella contestar negativamente.

—Figúrate —prosiguió Kirila Petróvich— que el jefe de la policía ha venido a detenerlo. Afirma que se trata del propio Dubrovski.

—Todas las señas coinciden, excelencia —dijo respetuosamente el oficial.

—Déjame en paz con las señas —le interrumpió Kirila Petróvich—. No te entregaré a mi francés hasta que yo mismo aclare el asunto. ¿Quién va a creer a Antón Pafnútych, que es un cobarde y embustero? Soñó que el maestro quería robarle. ¿Por qué aquella misma mañana no me dijo ni una sola palabra?

—El francés le metió miedo, excelencia —contestó el oficial—, y le hizo jurar que guardaría silencio...

—Eso es un embuste —afirmó Kirila Petróvich—. Ahora mismo lo pondré en claro. ¿Dónde está el maestro? —preguntó a un criado que acababa de entrar.

—No aparece por ningún sitio —contestó el criado interpelado.

—¡Que lo busquen! —gritó Troekúrov, que empezaba ya a dudar—. Muéstrame sus famosas señas —dijo al jefe de policía, quien al instante le entregó el papel.

—Hum, hum, veintitrés años... Así es, pero esto no prueba nada todavía. ¿Y el maestro?

—No aparece —volvieron a contestarle.

Kirila Petróvich comenzaba a inquietarse. María Kirílovna estaba más muerta que viva.

—Te veo pálida, Masha —observó su padre—. Te han asustado.

—No, papá —contestó Masha—. Es que me duele la cabeza.

—Vete a tu cuarto y no te preocupes.

Masha le besó la mano y se apresuró a retirarse a su habitación; allí se arrojó sobre la cama y rompió a llorar en un ataque de histerismo. Acudieron las criadas, la desnudaron a viva fuerza, a viva fuerza también lograron calmarla con agua fría y toda clase de alcoholes, la acostaron y se quedó profundamente dormida.

Entre tanto, el francés no aparecía. Kirila Petróvich paseaba arriba y abajo de la sala, silbando amenazadoramente *Retumbe el trueno de la victoria*. Los huéspedes cuchicheaban



entre sí; el jefe de policía se sentía burlado. El francés seguía sin aparecer. Probablemente había conseguido escapar, había sido advertido. ¿Pero por quién, cómo? Esto era un misterio.

Eran las once y nadie pensaba en dormir. Por fin, Kirila Petróvich dijo irritado al jefe de policía:

—¿Bueno, qué? No te vas a quedar aquí hasta que se haga de día, ni mi casa es una posada ni tú eres capaz de atrapar a Dubrovski, en el caso de que se trate de Dubrovski. Vente y en lo sucesivo procura ser más diligente. Y también para ustedes es hora de irse —prosiguió, dirigiéndose al resto—. Manden enganchar los caballos, tengo sueño.

Así, sin el menor miramiento, se separó Troekúrov de sus huéspedes.

## CAPÍTULO XIII

Pasó algún tiempo sin que se produjera nada importante, pero a comienzos del siguiente verano hubo grandes cambios en la vida familiar de Kirila Petróvich.

A treinta *verstas* de su finca se encontraba la rica posesión del príncipe Vereiski. El príncipe había pasado largo tiempo en el extranjero, todas sus fincas se encontraban bajo la administración de un mayor retirado, sin que existiera la menor relación entre Pokróvskoe y Arbátovo. Mas a fines de mayo el príncipe regresó y acudió a su aldea, que no había visto aún desde su nacimiento. Acostumbrado a una vida de diversiones, no podía soportar la soledad y al tercer día de su llegada se dirigió a comer con Troekúrov, a quien en otros tiempos había conocido.

El príncipe tenía unos cincuenta años, aunque parecía mucho más viejo. Los excesos de todo género habían quebrantado su salud, dejando en ella imborrable sello. No obstante, su aspecto era agradable, distinguido, y la costumbre de frecuentar la vida de sociedad le prestaba cierta amabilidad, particularmente con las mujeres. Siempre sentía la necesidad de distraerse y siempre se sentía aburrido. Kirila Petróvich se mostró satisfechísimo con su visita, que consideró un signo de estimación de un hombre conocedor del mundo; fiel a su costumbre, le invitó a recorrer sus posesiones y lo llevó a la perrera. Mas el príncipe estuvo a punto de ahogarse en aquella atmósfera canina y se apresuró a salir, tapándose la nariz con el perfumado pañuelo. El viejo jardín con sus tilos podados, estanque rectangular y rectas avenidas, no le agradó; prefería los jardines ingleses y la llamada na-

turalaleza, pero hizo grandes elogios y se mostró entusiasmado; un criado vino a anunciar que la comida estaba dispuesta. Se dirigieron al comedor. El príncipe cojeaba un tanto, cansado del paseo, y ya se arrepentía de haber hecho aquella visita

Pero en la sala los recibió María Kirílovna, y el viejo mujeriego quedó prendado de su belleza. Troekúrov lo colocó junto a ella; el príncipe, animado con su presencia, se mostró alegre y supo atraer varias veces la atención de la joven con sus relatos. Después de la comida Kirila Petróvich le invitó a dar un paseo a caballo, pero el príncipe se disculpó señalando sus botas de terciopelo y, bromeando a costa de su gota, prefirió un paseo en carretela a fin de no separarse de su vecina. Engancharon el carruaje. Los viejos y la bella joven tomaron asiento en él. La conversación no se interrumpió. María Kirílovna escuchaba con placer las aduladoras y alegres palabras de aquel hombre de mundo cuando, de pronto, Vereiski se volvió hacia Kirila Petróvich y le preguntó qué significaba aquel edificio destruido por el incendio y a quién pertenecía... Kirila Petróvich arrugó el ceño; los recuerdos que la incendiada finca le traía le eran desagradables. Contestó que la tierra era ahora suya y que antes había pertenecido a Dubrovski.

—¿A Dubrovski? —repitió Vereiski—. ¿Al célebre bandido?

—A su padre —contestó Troekúrov—. También el padre fue un bandolero de tomo y lomo.

—¿Qué ha sido de nuestro Reinaldos? ¿Vive aún? ¿Lo han cogido?

—Está vivo y sigue en libertad, y no lo atraparán mientras nuestra policía se entienda con los ladrones. A propósito, príncipe, ¿Dubrovski estuvo en tu posesión de Arbátovo, no es cierto?

—Sí, el año pasado, creo que incendió o robó algo... ¿No es verdad, María Kirílovna, que resultaría curioso conocer de

cerca a ese romántico héroe?

—¿Curioso? —dijo Troekúrov—. Ya lo conoce, le dio tres semanas lecciones de música. A Dios gracias, no nos cobró nada por ellas.

Y Kirila Petróvich empezó a contar la historia del maestro francés. María Kirílovna estaba como sobre alfileres; Vereiski escuchó con profunda atención, halló todo esto muy extraño y cambió de tema. Al regresar, mandó que engancharan su coche y, a pesar de los insistentes ruegos de Kirila Petróvich para que pasase allí la noche, se marchó inmediatamente después del té. Sin embargo, antes pidió a Kirila Petróvich que lo visitara en compañía de María Kirílovna, y el orgulloso Troekúrov lo prometió, pues tomando en consideración el título, las dos preciadas condecoraciones y las tres mil almas de la finca familiar, hasta cierto punto lo consideraba igual a él.

Dos días después de esta visita, Kirila Petróvich acudió con su hija a la mansión del príncipe Vereiski. Al acercarse a Arbátovo no cesaba de admirar las limpias y alegres *isbas* de los campesinos y la casa de mampostería del señor, construida al estilo de los castillos ingleses. Delante del edificio se extendía una espesa pradera en la que pacían vacas suizas, que hacían sonar sus esquilas. Un espacioso parque rodeaba la casa por todos los lados. El dueño salió al portal al encuentro de sus invitados y dio la mano a la bella joven; entraron en un espléndido salón donde estaba dispuesta la mesa con tres cubiertos. El príncipe condujo a sus huéspedes a la ventana, ante la que se abría un encantador paisaje. El Volga se deslizaba en primer término, surcado por barcazas cargadas con las velas tensas y pequeños botes de pescadores. Al otro lado del río se extendían colinas y campos; unas cuantas aldeas animaban los alrededores. Luego pasaron a contemplar la galería de cuadros que el príncipe había adquirido en tierras extranjeras. El príncipe explicó a María Kirílovna su distinto contenido, la historia de los pintores, señalando sus mé-

ritos y defectos; hablaba de los cuadros no con el lenguaje convencional del pedante experto, sino con sentimiento e imaginación. María Kirílovna le escuchaba con gran placer. Pasaron a la mesa. Troekúrov hizo plena justicia a los vinos de su anfitrión y al arte de su cocinero; María Kirílovna no sentía la más mínima turbación o tirantez en la conversación con un hombre al que sólo había visto dos veces. Después de la comida, el príncipe les invitó a salir al jardín. Tomaron café en un cenador, a orillas de un ancho lago sembrado de islotes. De pronto se oyó una música de aire y una lancha de seis remos atracó junto al cenador. Pasearon por el lago en torno a los islotes, estuvieron en algunos de ellos: en uno encontraron una estatua de mármol, en otro una solitaria cueva, en el tercero un monumento con una misteriosa inscripción que despertó la curiosidad de María Kirílovna, no completamente satisfecha con las corteses reticencias del príncipe. El tiempo se deslizó sin que se diesen cuenta y empezaba a oscurecer. El príncipe, con el pretexto del aire fresco y el rocío, se apresuró a volver a la casa donde les esperaba el samovar. Pidió a María Kirílovna que hiciese las veces de dueña de la casa de un solterón. Ella sirvió el té, mientras escuchaba las inagotables narraciones del amable charlatán. De pronto se oyó algo como un disparo y un cohete iluminó el cielo. El príncipe ofreció el chal a María Kirílovna e invitó a ambos a salir al balcón. Ante la casa, en medio de la oscuridad, fuegos multicolores surgían, giraban, se elevaban formando espigas, palmeras y fuentes, desprendiendo una lluvia de estrellas, se apagaban y surgían de nuevo. María Kirílovna se divertía como una niña. El príncipe Vereiski se alegraba al ver la admiración de la joven y Troekúrov quedó contentísimo, pues *tous les frais* del príncipe los tomaba como signo de estimación y como un deseo de agradecerles.

La cena no tuvo nada que envidiar a la comida. Los huéspedes se dirigieron a las habitaciones que tenían preparadas y a la mañana siguiente se despidieron del amable anfitrión,

<http://edicionespda.blogspot.com>

no sin antes hacerse mutuas promesas de volverse a ver en breve.

## CAPÍTULO XIV

María Kirílovna estaba en su habitación, bordando ante la ventana abierta. No confundía los colores como la amante de Conrado, quien en su distracción bordó una rosa con sedas azules. Bajo su aguja, el bordado repetía irreprochablemente el modelo, aunque sus pensamientos no seguían el trabajo, sino que volaban muy lejos.

De pronto, una mano se deslizó suavemente por la ventana, puso sobre el bastidor una carta y desapareció antes de que María Kirílovna pudiera darse cuenta. En aquel instante entró un criado para anunciarle que Kirila Petróvich la llamaba. Temblorosa, guardó la carta en su seno y se apresuró a acudir al gabinete de su padre.

Kirila Petróvich no estaba solo. Con él se encontraba el príncipe Vereiski. Éste, al aparecer María Kirílovna, se puso en pie y se inclinó silencioso ante ella con una turbación como nunca se le había visto.

—Acércate, Masha —dijo Kirila Petróvich—. Te voy a comunicar una noticia que espero te alegrará. Aquí tienes a tu novio, pues el príncipe ha pedido tu mano.

Masha se quedó de una pieza y una palidez mortal cubrió su rostro. No pronunció ni una sola palabra. El príncipe se le acercó, tomó su mano y le preguntó conmovido si estaba conforme en hacerle feliz. Masha siguió callada.

—Está conforme, claro que lo está —dijo Kirila Petróvich—. Pero ya sabes, príncipe, a las jóvenes les cuesta trabajo pronunciar esta palabra. Ea, hijos, besaos y sed felices.

Masha seguía inmóvil; el viejo príncipe besó su mano y de pronto las lágrimas corrieron por el pálido rostro de la jo-

ven. El príncipe arrugó ligeramente el ceño.

—Vete, vete —dijo Kirila Petróvich—. Seca tus lágrimas y vuelve alegre y contenta. Todas lloran en el momento de la petición —prosiguió, volviéndose hacia Vereiski—, es algo que no falla... Ahora, príncipe, hablaremos de cuestiones prácticas, es decir, de la dote.

María Kirílovna aprovechó ávidamente el permiso para ausentarse. Corrió a su habitación, se cerró y dio rienda suelta a las lágrimas, imaginándose esposa del viejo príncipe; de pronto éste le pareció repugnante y odioso... el matrimonio le asustaba como el tajo del verdugo, como la tumba... “No, no —repetía desesperada—, es preferible la muerte, recluirme en un convento, prefiero casarme con Dubrovski.” Se acordó de la carta y la tomó con avidez, presintiendo que era de él. En efecto, estaba escrita por él y sólo contenía las siguientes palabras:

*Esta noche a las diez, en el mismo lugar.*



## CAPÍTULO XV

Era una serena noche del mes de julio, la luna brillaba y al levantarse la brisa un ligero rumor se extendía por todo el jardín.

Como una tenue sombra, la joven se acercó al lugar de la cita. Al pronto no vio a nadie, y luego Dubrovski apareció ante ella por detrás del cenador.

—Lo sé todo —dijo con voz baja y triste—. Recuerde su promesa.

—Usted me ofrece su protección —replicó Masha—, pero no se ofenda, esa protección me asusta. ¿De qué modo me puede prestar ayuda?

—Podría librarle de un hombre que le es odioso.

—Por Dios se lo pido, no le haga nada, si de veras me ama no le haga nada. No quiero ser la causa de algo horrible...

—No lo tocaré, la voluntad de usted es para mí sagrada. Le debo la vida. Jamás un crimen será cometido en nombre de usted. Debe permanecer pura incluso en mis fechorías. Mas ¿cómo salvarla de la crueldad de su padre?

—Todavía hay esperanzas. Espero conmoverle con mis lágrimas y mi desesperación. Es terco, pero me quiere muchísimo.

—No confíe en vano: en esas lágrimas no verá más que la repugnancia y el temor que suelen sentir todas las jóvenes cuando deben casarse no por pasión, sino por cálculo razonador; si se empeña en hacerla feliz contra sus propios deseos, si la llevan a la fuerza al altar para colocar para siempre su suerte bajo el poder de un marido viejo...

—Entonces, no habrá nada que hacer. Venga a buscarme

y seré su esposa.

Dubrovski empezó a temblar, su pálido rostro se cubrió de púrpura y al instante quedó más pálido aún que antes. Permaneció largo rato callado, con la cabeza baja.

—Haga acopio de energías, suplique a su padre, arrójese a sus pies: hágale ver el horror que le aguarda en el futuro, su juventud marchitándose junto a un viejo achacoso y corrompido ; decídase a una explicación cruel: dígame que si no cesa en su propósito, entonces... encontrará una protección horrorosa... dígame que la riqueza no le dará ni un minuto de felicidad; el lujo consuela a la pobreza, pero sólo por un instante, por lo inusitado que resulta; no se deje dominar, no tema ni su ira ni sus amenazas mientras haya siquiera una sombra de esperanza. No se deje dominar, por Dios se lo pido. Y si no hay otro remedio...

Dubrovski se tapó la cara con las manos, incapaz de seguir. Masha lloraba...

—Miserable suerte la mía —dijo él, suspirando amargamente—. Por usted daría la vida; verla de lejos y acariciar su mano sería para mí un placer embriagador. Y cuando se me abre la posibilidad de apretarla contra mi agitado corazón y decir: ¡Ángel, muramos!, yo, pobre de mí, debo apartarme de la dicha, debo alejarme de ella con todas mis fuerzas... No me atrevo a caer a sus pies y dar las gracias al cielo por esta incomprensible e inmerecida recompensa. ¡Oh, cómo debería odiarlo! Pero siento que en mi corazón no hay ahora lugar para el odio.

La tomó suavemente por el esbelto talle y la atrajo hacia su corazón. Ella inclinó confiada la cabeza en el hombro del joven bandido. Ambos quedaron silenciosos. El tiempo volaba.

—Ya es hora —dijo por fin Masha. Dubrovski pareció despertar de un sueño. Tomó la mano de la muchacha y le colocó un anillo en el dedo.

—Si se decide a venir conmigo —dijo—, traiga este ani-

llo aquí y métalo en el hueco de este roble. Entonces sabré qué hacer.

Dubrovski le besó la mano y desapareció entre los árboles.

## CAPÍTULO XVI

La petición de mano no era ya secreto para los vecinos de la comarca. Kirila Petróvich aceptaba las felicitaciones y se hacían los preparativos para la boda. Masha demoraba un día tras otro una explicación decisiva. Entre tanto, sus relaciones con el viejo prometido eran frías y forzadas. Esto no preocupaba al príncipe. No pretendía amor, se conformaba con un tácito consentimiento.

Pero el tiempo transcurría. Masha se decidió por fin a actuar y escribió al príncipe Vereiski una carta en la que se esforzaba por despertar en su corazón un sentimiento de magnanimidad, confesaba sinceramente que no sentía por él el menor afecto y le imploraba que renunciase a su mano y la defendiese él mismo frente a la autoridad paterna. La entregó disimuladamente al príncipe, quien la leyó a solas sin conmoverse lo más mínimo por la sinceridad de su novia. Al contrario, vio la necesidad de acelerar la boda y, en consecuencia, estimó necesario mostrar la carta al futuro suegro.

Kirila Petróvich se enfureció: a duras penas pudo el príncipe convencerle de que no hiciese ver a Masha que conocía la carta. Aceptó no hablarle nada de ella, pero decidió no perder tiempo y fijó la boda para el día siguiente. El príncipe lo encontró muy razonable, pasó a ver a su prometida y le dijo que la carta le había causado gran pesar, aunque esperaba merecer con el tiempo su afecto, que la idea de perderla le resultaba demasiado penosa y no se sentía con fuerzas para aceptar su propia sentencia de muerte. A continuación le besó la mano respetuosamente y se fue sin haberle dicho ni una palabra de la decisión de Kirila Petróvich.

Mas apenas se había alejado el príncipe de la casa, cuando el padre penetró en la habitación de la joven y le ordenó, sin más explicaciones, que estuviese dispuesta para celebrar la boda al día siguiente. María Kirílovna, ya agitada por las palabras del príncipe Vereiski, bañada en lágrimas, se arrojó a los pies de su padre.

—Papá —gritó con voz lastimera—, papá, no me pierda, no amo al príncipe, no quiero ser su esposa...

—¿Qué significa esto? —exclamó amenazador Kirila Petróvich—. Hasta ahora callabas y estabas conforme, y cuando todo está decidido te pones caprichosa y te vuelves atrás. No hagas tonterías, con eso no saldrás ganando nada.

—No me pierda —repetía la pobre Masha—. ¿Por qué me arroja de usted y me entrega a un hombre a quien no amo? ¿Acaso se ha cansado de mí? Quiero seguir con usted como hasta ahora. Papá, sin mí estará triste, y aún será mayor su tristeza cuando piense que soy desgraciada. No me obligue, papá, no quiero casarme...

Kirila Petróvich se sintió conmovido, pero ocultó la turbación y apartándola de sí, dijo severamente:

—Todo eso son tonterías, ¿lo oyes? Sé mejor que tú lo que necesitas para tu propia felicidad. De nada te servirán las lágrimas y pasado mañana se celebrará la boda.

—¡Pasado mañana! —exclamó Masha—. ¡Dios mío! No, no, es imposible, no será así. Escúcheme, papá: si ha decidido causar mi perdición, encontraré un defensor en el que usted no piensa siquiera. Verá entonces, se horrorizará al ver el extremo a que me ha llevado.

—¿Cómo, cómo? —dijo Troekúrov—. ¿Amenazas? ¿Me amenazas a mí, insolente chiquilla? ¿Sabes lo que haré contigo? Ni siquiera puedes imaginarlo. Te atreves a amenazarme con un defensor. Veremos quién es ese defensor.

—Vladímir Dubrovski —dijo Masha, desesperada.

Kirila Petróvich pensó que había perdido el juicio y la miró asombrado.

—Está bien —dijo tras un breve silencio—. Puedes esperar al liberador que quieras, pero mientras tanto permanecerás en esta habitación y no saldrás de ella hasta la hora de la boda.

Dichas estas palabras, Kirila Petróvich salió y cerró la puerta con llave.

La pobre muchacha permaneció llorando largo tiempo, imaginándose cuánto le esperaba; pero la violenta explicación había aliviado su alma y podía reflexionar algo más tranquila sobre su situación y lo que le convenía hacer. Lo principal para ella era librarse del odioso prometido; ser esposa de un bandido le parecía un paraíso comparado a lo que le esperaba. Miró el anillo que Dubrovski le había dejado. Sentía ardientes deseos de verse a solas con él y pedirle consejo una vez más antes del momento decisivo. Un presentimiento le decía que por la noche podría encontrar a Dubrovski en el jardín, junto al cenador; decidió acudir allí y esperar tan pronto oscureciera. Oscureció por fin, Masha se preparó, pero la puerta estaba cerrada con llave. La doncella le contestó desde el otro lado que Kirila Petróvich había prohibido abrirle. Estaba presa. Profundamente ofendida, se sentó a la ventana y hasta muy entrada la noche permaneció allí sin desnudarse, con la vista inmóvil clavada en el oscuro cielo. Al amanecer se quedó dormida, pero fue un sueño ligero y lleno de tristes visiones. La despertaron los rayos del sol naciente.

## CAPÍTULO XVII

Al despertarse, lo primero de todo, pensó en la horrorosa situación en que se encontraba. Llamó, acudió la doncella y a sus preguntas contestó que Kirila Petróvich había marchado la noche anterior a Arbátovo y había vuelto tarde; que había dado órdenes severas de no dejarla salir de la habitación y de evitar que nadie hablase con ella; por lo demás, no se veían preparativos especiales para la boda, a no ser que el pope había recibido la orden de no ausentarse de la aldea bajo ningún pretexto. Después de comunicarle estas noticias, la doncella dejó a María Kirílovna y de nuevo cerró la puerta.

Sus palabras exasperaron a la joven cautiva: su cabeza era un hervidero, la sangre se agitaba en sus venas y decidió poner todo en conocimiento de Dubrovski. Trató de buscar el medio de enviar el anillo al hueco del consabido roble. En aquel momento, una piedrecilla golpeó en su ventana, resonó el cristal y María Kirílovna miró al patio, donde el pequeño Sasha le hacía misteriosas señas. Conocía el cariño que él le profesaba y se alegró al verlo. Abrió la ventana.

—Hola, Sasha —dijo—. ¿Para qué me llamas?

—He venido, hermana, a saber si me necesitas para algo. Papá está muy enfadado y ha prohibido a la gente de la casa que te obedezcan. Pero dime lo que quieras y yo lo haré.

—Gracias, mi querido Sáshenka, escucha: ¿sabes el viejo roble con un agujero que hay junto al cenador?

—Sí, hermana.

—Pues si es verdad que me quieres, ve allí lo antes que puedas y pon en el agujero este anillo. Pero cuida que nadie te vea.

A la vez que pronunciaba estas palabras, le tiró el anillo y cerró la ventana.

El chico lo cogió, echó a correr y a los tres minutos estaba junto al roble. Se detuvo jadeante, miró alrededor y metió el anillo en el agujero. Terminada felizmente su misión, quería volver para informar a María Kirílovna cuando un chiquillo pelirrojo, bizco y harapiento, apareció por detrás del cenador, se acercó al roble y metió la mano en el agujero. Sasha se arrojó sobre él más rápido que una ardilla y lo agarró con ambas manos.

—¿Qué haces aquí? —dijo con voz amenazadora.

—¿Y a ti que te importa? —contestó el chiquillo, tratando de soltarse.

—Deja el anillo, liebre pelirroja —gritó Sasha—, o te daré una lección a mi manera.

Por toda respuesta el otro le dio un puñetazo en el rostro, pero Sasha no lo soltó y empezó a gritar tan fuerte como pudo:

—Ladrones, ladrones, socorro, socorro...

El chiquillo trataba de desasirse de él. Era un par de años mayor que Sasha y mucho más fuerte que éste, pero Sasha era más ágil. Estuvieron luchando varios minutos hasta que por fin, pudo más el pelirrojo. Tiró al suelo a Sasha y lo agarró por el cuello.

En aquel momento, una vigorosa mano lo asió por la rojiza pelambreira y el jardinero Stepán lo levantó media vara del suelo...

—Ah, eres tú, bestia pelirroja —dijo el jardinero—. ¿Cómo te atreves a pegar al señorito?

Sasha se puso en pie, arreglándose la ropa.

—Me has puesto la zancadilla —dijo—, de otro modo nunca me habrías tirado. Dame ahora mismo el anillo y lárgate.

—No faltaba más —contestó el pelirrojo, y revolviéndose de pronto, libró su pelambreira de la mano de Stepán.

Echó a correr, pero Sasha lo alcanzó, le dio un empujón



por la espalda y el chiquillo cayó al suelo cuan largo era. El jardinero lo agarró de nuevo y lo maniató con el cinturón.

—¡Dame el anillo! —gritó Sasha.

—Espera, señorito —dijo Stepán—, lo llevaremos al administrador y él le ajustará las cuentas.

El jardinero condujo al preso al patio de la casa señorial. Sasha lo acompañó, mirando inquieto sus pantalones rotos y sucios de verde. De pronto, los tres tropezaron con Kirila Petróvich, que iba a pasar revista a sus caballerizas.

—¿Qué es esto? —preguntó a Stepán.

Éste le describió en pocas palabras lo ocurrido.

Kirila Petróvich le escuchó con atención.

—¿Por qué te has peleado con él, diablejo? —preguntó a Sasha.

—Ha robado el anillo del agujero del roble, papá. Dile que me lo devuelva.

—¿A qué anillo te refieres, de qué agujero?

—El que me dio María Kirílovna...

Sasha se turbó, sin saber cómo seguir. Kirila Petróvich arrugó el ceño y dijo, meneando la cabeza:

—Aquí se halla mezclada María Kirílovna. Confíésalo todo o te dará una paliza como nunca has visto otra igual.

—La verdad, papá, yo, papá... María Kirílovna no me ha mandado nada, papá.

—Ve, Stepán, y córtame una buena vara de abedul...

—Espere, papá, se lo contaré todo. Yo corría por el patio y María Kirílovna abrió la ventana. Me acerqué, a ella se le cayó el anillo y yo lo guardé en el agujero del roble... este chico pelirrojo quería robarlo.

—Se le cayó y tú querías ocultarlo... Stepán, ve a buscar la vara.

—Espere, papá, se lo contaré todo. María Kirílovna me mandó que fuera al roble y pusiera el anillo en el agujero, yo fui, lo dejé y este chiquillo...

Kirila Petróvich se volvió hacia el chiquillo y le preguntó

<http://edicionespda.blogspot.com>

en tono amenazador:

—¿Quién eres?

—Soy un criado de los señores Dubrovski —contestó el pelirrojo.

El rostro de Kirila Petróvich se ensombreció.

—Parece que no me reconoces como tu señor, está bien —dijo—. ¿Y qué hacías en mi jardín?

—Estaba robando frambuesas —contestó el chico con profunda indiferencia.

—¡Hola! —observó Kirila Petróvich—. El criado sale al señor: de tal palo tal astilla. ¿Es que mis robles crían frambuesas?

El chiquillo no contestó nada.

—Papá, dile que me entregue el anillo —dijo Sasha.

—Tú cállate —replicó Petróvich—. No olvides que aún tengo que ajustarte las cuentas. Vete a tu cuarto. Tú, bizco, me parece que no eres manco. Dame el anillo y vete a tu casa.

El chiquillo abrió la mano y mostró que no tenía nada en ella.

—Si lo confieras todo, no mandaré que te azoten y te daré cinco *kopeks* para que te compres nueces. De lo contrario, haré contigo algo que ni siquiera puedes imaginártelo. ¡Habla!

El chiquillo, sin abrir la boca, permanecía con la cabeza baja, como si fuese tonto.

—Está bien —dijo Kirila Petróvich—. Encerradle en cualquier sitio y cuidad de que no se escape. De lo contrario le arrancaré la piel a toda la casa.

Stepán llevó al chiquillo al palomar, lo encerró allí y puso de vigilante a la vieja Agafia, encargada del gallinero.

—Que vaya ahora mismo a la ciudad alguien en busca del jefe de policía —dijo Kirila Petróvich, viendo cómo se alejaba el chiquillo—. Y cuanto antes.

“No hay la menor duda. Estaba en relación con el maldi-

to Dubrovski. ¿Pero es posible que lo llamara en su auxilio? —pensaba Kirila Petróvich, paseando por la habitación y silbando irritado *Retumbe el trueno de la victoria*—. Acaso haya dado con sus huellas, y no se nos escapará. Aprovecharemos la ocasión. ¡Hola! La campanilla, gracias a Dios, es el jefe de policía.”

—¡Eh, traed aquí a ese chiquillo!

Entre tanto, el coche entró en el patio y el jefe de policía, a quien ya conocemos, apareció en la habitación lleno de polvo.

—Gran noticia —dijo Kirila Petróvich—: he cogido a Dubrovski.

—¡Gracias a Dios, excelencia! —replicó el jefe de policía satisfecho—. ¿Dónde está?

—No a Dubrovski, sino a uno de su banda. Ahora lo van a traer. Él nos ayudará a apoderarnos del *atamán*. Ahí lo tienes.

El jefe de policía, que esperaba ver a un terrible bandido, quedó asombrado al comprobar que se trataba de un chico de trece años, bastante débil de aspecto por añadidura. Estupefacto, se volvió hacia Kirila Petróvich, en espera de explicaciones. Kirila Petróvich le contó el suceso de la mañana, aunque sin mencionar a María Kirílovna.

El jefe de policía escuchó con atención; a cada instante se quedaba mirando al arrapiezo, quien, haciéndose el tonto, parecía no prestar la menor atención a cuanto ocurría alrededor.

—Permítame, excelencia, hablar con usted a solas —dijo por fin el oficial.

Kirila Petróvich le hizo pasar a otra habitación y cerró la puerta.

Media hora después volvían a la sala, donde el prisionero aguardaba la decisión de su suerte.

—El señor —le dijo el jefe de policía— quería mandarte a la cárcel de la ciudad, hacer que te azotaran y luego enviar-

te a una colonia de desterrados, pero yo he intercedido por ti y he logrado tu perdón. Soltadlo.

Desataron al muchacho.

—Da las gracias al señor —siguió el jefe de policía.

El chico se acercó a Kirila Petróvich y le besó la mano.

—Vete a casa —le dijo Kirila Petróvich—, y en adelante no robes frambuesas en los robles.

El muchacho salió, bajó alegremente de un salto los escalones del portal y echó a correr, sin mirar atrás, a campo traviesa, hacia Kisteniovka. Al llegar a la aldea, se detuvo ante una *isba* medio derruida, a la entrada del pueblo, y llamó a la ventana... La ventana se abrió y apareció una vieja.

—Dame pan, abuela —dijo el chico—, desde esta mañana no he comido nada y me muero de hambre.

—Ah, ¿eres tú, Mitia? ¿Dónde te habías metido, diablejo? —preguntó la vieja.

—Luego te lo contaré, abuela. Dame pan, por Dios te lo pido.

—Pero entra en la *isba*.

—No tengo tiempo, abuela, aún he de ir a otro sitio. Pan, por el amor de Cristo, pan.

—Parece que tienes hormiguillo —gruñó la vieja—. Toma —y le dio por la ventana una rebanada de pan negro.

El chico lo mordió ávidamente y, masticando, siguió su carrera.

Comenzaba a oscurecer. Mitia, a través de pajares y huertos, se dirigió al bosque de Kisteniovka. Al llegar a dos pinos que se levantaban en la linde como centinelas avanzados, se detuvo, miró en todas direcciones, lanzó un agudo silbido y quedó a la escucha. Otro silbido, ligero y prolongado, se oyó en respuesta. Luego alguien salió del bosque y se le acercó.

## CAPÍTULO XVIII

Kirila Petróvich caminaba arriba y abajo de la sala, silbando su canción más alto que de costumbre. Toda la casa estaba en movimiento, los criados iban y venían, las criadas andaban agitadas, el cochero preparaba la carroza. En el tocador de la señorita, ante el espejo, una dama, rodeada de sirvientas, engalanaba a la pálida e inmóvil María Kirílovna, cuya cabeza, lánguida, se inclinaba por el peso de los brillantes; se estremeció ligeramente cuando la descuidada mano le dio un pinchazo, pero siguió callada, mirando distraída al espejo.

—¿Termináis pronto? —resonó la voz de Kirila Petróvich al otro lado de la puerta.

—Ahora mismo —contestó la dama—. Levántese, María Kirílovna, mírese; ¿está bien?

María Kirílovna se puso en pie sin decir nada. Se abrió la puerta.

—La novia está preparada —comunicó la dama a Kirila Petróvich—. Pueden tomar asiento en la carroza.

—Vamos, pues —dijo Kirila Petróvich, y tomando de la mesa un icono, añadió con voz conmovida—: Acércate, Ma-sha, te bendigo...

—Papá... papá... —articuló ella entre lágrimas, y se apagó su voz.

Kirila Petróvich se apresuró a darle su bendición, la levantaron y la llevaron casi en brazos a la carroza. Con ella tomaron asiento la madrina y una doncella. Llegaron a la iglesia, donde ya esperaba el novio. Éste salió al encuentro de su prometida y quedó asombrado de su palidez y extraño

aspecto. Entraron juntos en la fría y desierta iglesia; tras ellos cerraron las puertas. El sacerdote bajó del altar y acto seguido empezó la ceremonia. María Kirilovna no veía nada, nada oía, pensaba sólo en una cosa: desde por la mañana esperaba a Dubrovski, ni un solo instante le había abandonado la esperanza. Cuando el sacerdote le hizo la pregunta de rigor, se estremeció y quedó como muerta: aún esperaba. El sacerdote, sin aguardar su respuesta, pronunció las irrevocables palabras.

Terminó la ceremonia. Ella sintió el frío beso del esposo a quien no amaba, escuchó las alegres felicitaciones de los presentes; seguía sin poder creer que su vida estaba encadenada para siempre, que Dubrovski no había volado a liberarla. El príncipe le dirigió unas palabras cariñosas que ella no entendió; salieron de la iglesia, ante la que se agolpaban los campesinos de Pokróvskoe. La mirada de la joven los abarcó rápida y de nuevo cayó en la insensibilidad de antes. La pareja tomó asiento en la carroza y partió hacia Arbátovo, a donde ya había ido Kirila Petróvich a fin de recibir allí a los novios. Al verse a solas con su joven esposa, el príncipe no se desconcertó lo más mínimo por su frío aspecto. No la molestó con fingidas expansiones y ridículos entusiasmos, sus palabras eran sencillas y no exigían respuesta. De este modo recorrieron unas diez *verstas*, los caballos marchaban veloces por el camino vecinal y el carruaje casi no se balanceaba sobre sus ballestas inglesas. De pronto resonaron gritos de unos perseguidores, la carroza se detuvo y gentes armadas la rodearon. Un hombre con antifaz abrió la portezuela por la parte que ocupaba la joven princesa y le dijo:

—Está usted libre, salga.

—¿Qué significa esto? —exclamó el príncipe—. ¿Quién eres tú?

—Es Dubrovski —dijo la princesa.

El príncipe, sin perder la serenidad, sacó del bolsillo una pistola y disparó contra el enmascarado. La princesa lanzó

un grito y, horrorizada, se tapó la cara con las manos. Dubrovski había sido herido en el hombro, le corría la sangre. El príncipe, sin perder un instante, sacó otra pistola. Pero no le dieron tiempo a disparar; las portezuelas se abrieron y varias fornidas manos lo sacaron del carruaje y le arrebataron la pistola. Los cuchillos se levantaron sobre él.

—¡No lo toquéis! —gritó Dubrovski, y sus siniestros cómplices se apartaron.

—Está usted libre —repitió a la pálida princesa.

—No —replicó ella—. Es tarde. Me he casado y soy la esposa del príncipe Vereiski.

—¿Qué dice? —gritó Dubrovski desesperado—. No, usted no es su esposa, la han obligado, nunca pudo dar su consentimiento. ..

—He consentido, he prestado juramento —repuso ella con firmeza—. El príncipe es mi esposo, ordene que lo pongan en libertad y déjeme con él. No le he engañado. Le esperé hasta el último instante... pero ahora, le digo que ahora es tarde. Déjenos.

Dubrovski ya no la oía, el dolor de la herida y la profunda agitación de su alma le privaron de sus últimas fuerzas. Cayó junto a las ruedas y los bandidos lo rodearon. Pudo decirles algunas palabras, lo colocaron sobre un caballo, sostenido por dos de sus compañeros, mientras otro tomaba el animal de la brida, y todos se apartaron. La carroza quedó en medio del camino, con los servidores maniatados y los caballos desenganchados, pero nadie robó nada ni derramó una sola gota de sangre en venganza de la sangre de su *atamán*.

## CAPÍTULO XIX

En medio del espeso bosque, en una reducida pradera, se levantaba una pequeña fortaleza de tierra consistente en un terraplén y un foso, tras los que había varias chabolas y cuevas.

En el centro, muchos hombres, a quienes por su variada vestimenta y sus armas se les podía identificar al momento como bandidos, comían sentados y descubiertos en torno al caldero común. En el terraplén, junto a un pequeño cañón, se encontraba el centinela, sentado a la turca. Estaba remendando su vestimenta y manejaba la aguja con el arte de un buen sastre; a cada instante miraba hacia un sitio y otro.

Aunque una cierta vasija había pasado ya varias veces de mano en mano, un extraño silencio reinaba entre la gente; los bandidos terminaron de comer, uno tras otro se levantaron y dijeron una oración; algunos se esparcieron por las chabolas, otros se dirigieron al bosque o se echaron, conforme a la costumbre rusa, a dormir la siesta.

El centinela terminó su trabajo, sacudió su pobre vestimenta, contemplando el remiendo, clavó la aguja en la manga, se sentó a caballo en el cañón y empezó a cantar a plena voz una canción vieja y melancólica:

*No hagas ruido, verde robledal,  
no me molestes en mis pensamientos.*

En aquel momento se abrió la puerta de una chabola y una vieja de cofia blanca, limpia y muy arreglada, apareció en el umbral.



—Basta ya, Stiopka —dijo enfadada—. El señor descansa y tú gritas desaforadamente. No sabéis lo que es conciencia ni compasión.

—Perdóname, Egórovna —contestó Stiopka—. Está bien, no volveré a hacerlo, que nuestro señor descanse y se reponga.

La vieja se retiró y Stiopka se puso a pasear por el terraplén.

En la chabola de la que había salido la vieja, tras un biombo, Dubrovski, herido, yacía en una cama de campaña. Ante él, sobre una mesilla, estaban sus pistolas; el sable pendía a su cabecera. El suelo y las paredes estaban cubiertos con valiosos tapices y alfombras; en un rincón había un tocador de plata de señora y un espejo. Dubrovski tenía en la mano un libro abierto, pero sus ojos permanecían cerrados. La vieja, que de vez en cuando miraba por detrás del biombo, no podía apreciar si se había dormido o simplemente estaba pensando.

De pronto Dubrovski se estremeció, en la fortaleza se dio la señal de alarma y Stiopka asomó la cabeza por la ventana.

—Vladímir Andréievich —gritó—, los nuestros dan la señal, nos buscan.

Dubrovski se puso en pie de un salto, tomó las armas y salió de la chabola. Los bandidos, que se habían agrupado ruidosamente, quedaron callados cuando él apareció.

—¿Están todos aquí? —preguntó Dubrovski.

—Todos menos los centinelas —le respondieron.

—¡A vuestros puestos! —gritó él. Y los bandidos ocuparon el lugar que cada uno tenía designado.

En aquel instante, tres centinelas llegaron corriendo al portón. Dubrovski les salió al encuentro.

—¿Qué pasa? —les preguntó.

—Hay soldados en el bosque —contestaron—. Nos están rodeando.

Dubrovski mandó cerrar el portón y se dirigió a examinar el cañoncito. Del bosque llegaron varias voces, cada vez más cercanas, mientras los bandidos esperaban callados. De pronto, tres o cuatro soldados aparecieron e inmediatamente se hicieron atrás, disparando sus armas para prevenir a sus compañeros.

—Preparaos para el combate —dijo Dubrovski. Entre los bandidos se levantó un rumor y todo volvió a quedar en silencio.

Entonces oyeron el ruido de los que se acercaban, las armas brillaron entre los árboles, unos ciento cincuenta soldados salieron del bosque y se arrojaron entre grandes gritos sobre el terraplén. Dubrovski acercó la mecha, el disparo fue afortunado: a uno le arrancó la cabeza y dos quedaron heridos. Entre los soldados se produjo cierta confusión, pero el oficial se lanzó adelante y ellos le siguieron hasta el foso; los bandidos abrieron fuego de fusil y pistola y empuñaron las hachas para defender el terraplén, al que trataban de subir los enfurecidos soldados, después de dejar en el foso una veintena de heridos. Empezó la lucha cuerpo a cuerpo, los soldados estaban ya en lo alto del terraplén y los bandidos empezaban a retroceder. Pero Dubrovski se acercó al oficial, le puso la pistola en el pecho y disparó; el oficial cayó de bruces, varios soldados lo recogieron y se apresuraron a llevarlo al bosque; los demás, al verse sin jefe, se detuvieron. Envalentonados por esta momentánea vacilación, los bandidos los arrollaron y empujaron al foso; los asaltantes huyeron a la desbandada y los bandidos salieron en su persecución entre grandes gritos. La victoria había sido lograda. Dubrovski, al ver la total desorganización del enemigo, detuvo a los suyos y se encerró en la fortaleza, ordenando recoger a los heridos y redoblar las guardias, sin permitir que nadie se alejara.

Los últimos acontecimientos llamaron ya en serio la atención del gobierno. Se reunieron informes sobre el lugar en que se encontraba la banda de Dubrovski. Fue enviada una com-

pañía del ejército con la orden de coger al jefe vivo o muerto. Capturaron algunos individuos de la banda y por ellos supieron que Dubrovski no estaba ya entre los facinerosos. Pocos días después había reunido a sus compañeros para anunciarles que tenía el propósito de dejarlos para siempre y aconsejarles que cambiasen de vida.

—Os habéis enriquecido bajo mi mando, cada uno de vosotros puede trasladarse con seguridad a cualquier provincia lejana y pasar allí el resto de su vida entregado a un trabajo honrado y en la abundancia. Pero sois unos bribones y probablemente no querráis abandonar vuestro oficio.

Después de estas palabras se separó de ellos, llevándose tan sólo a uno. Nadie sabía adónde se había dirigido. En un principio dudaron de la veracidad de estas manifestaciones, ya que era bien conocida la fidelidad de los bandidos hacia su *atamán*. Se imaginaban que éstos trataban de salvarlo, pero más tarde resultó que era verdad: cesaron las terribles visitas, los incendios y los saqueos, los caminos quedaron libres. Por otros conductos se supo que Dubrovski había buscado refugio en el extranjero.



ALEXANDER S. PUSHKIN  
(1799-1837)

Nació en Moscú. Luego de concluir sus estudios en el liceo de Tsárskoe Selo, un centro de enseñanza destinado a la formación de los hijos de la nobleza, obtuvo un cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Sus relaciones con miembros de las sociedades secretas, el incremento de la popularidad de sus versos y la aparición de su oda *A la libertad*, despertaron las sospechas de las autoridades y el zar lo desterró a los territorios meridionales del imperio. Pasó por el Cáucaso y Crimea, se aproximó a la poesía de Lord Byron y, como éste, se entusiasmó con el levantamiento de los griegos contra la dominación turca. Todo esto complicó aún más su situación y se le confinó, bajo vigilancia, en la hacienda paterna. Durante los últimos años de su vida se vio asediado por intrigas que terminaron conduciéndolo a la muerte. Considerado el poeta nacional de Rusia, Pushkin supo interpretar como ninguno de sus contemporáneos el carácter de un pueblo al que legó una herencia literaria constituida, principalmente, por poemas y narraciones que influyeron de manera notable sobre varias generaciones de literatos. Dentro de su vasta obra se destacan *Ruslán y Liudmila*, *El prisionero del Cáucaso*, *El jinete de bronce*, *Boris Godunov*, *Los relatos de Belkin*, *Historia de Pugachov*, *La hija del capitán*, *Dubrovski* y *Evgueni Oneguín*, una historia que, a pesar de estar escrita en versos, ha sido valorada como la primera de las grandes novelas debidas a los escritores rusos.